

Año XXX

Madrid, Jueves 17 de Marzo de 1910

Núm. 10



FIGURINES DE MODA EN ESTOS DIAS

Al Sr. Canalejas

Opino que debe usted poner término á lo que viene ocurriendo con la prensa, respondiendo así á su significación democrática.

Que la mayoría de los fiscales son hoy clericales, verdad incontrovertible es; y que amparados tras una irresponsabilidad que no deberían tener, denuncian muchos periódicos que después son absueltos, lo estamos viendo todos los días.

Desde que usted ha dado el indulto, algunos se dan á denunciar periódicos con un celo á que no llegaron ni en los tiempos de Maura.

Es decir, que en esta lucha á muerte entablada entre el clericalismo y la libertad, parece como que se pretende privar de defensa á los anticlericales, maniatándolos para que no puedan esgrimir las armas que seguramente acabarían por destrozar á sus enemigos.

Que esto ocurriera mandando los conservadores, si no justificación, podría tener disculpa; pero no el que suceda estando en el poder los demócratas.

Lo ocurrido hace pocos días en Lérida, es inaudito. Se publica allí un periódico semanal, titulado *La Mitra*, con el cual quiere acabar el clericalismo, porque pone al descubierto sus fechorías.

Indultado recientemente de las varias causas que se le seguían, ha caído el fiscal sobre el último número, denunciando dos de sus artículos, que seguramente no habrá juez que los condene; y para que usted pueda convencerse de la veracidad de esta afirmación, le envío el número, marcando los dos artículos objeto de la denuncia. El uno habla de las Hijas de María, y en el otro se sostiene, con citas bíblicas, que los cristianos no pueden ser comerciantes.

Sírvase usted repasarlos, y ver si, por esos dos artículos anodinos, deben sus autores ingresar en la cárcel, como han ingresado.

Porque si usted opinara que las facultades de los tribunales de justicia son tan discrecionales que el Gobierno de la nación no pueda dictar reglas para excitar en unas ocasiones su celo y para limitarlo otras; si creyera que mientras se permite á los clericales insultar, injuriar y calumniar impunemente á los partidarios de otras religiones, prohibiéndolo el Código penal, debe encerrarse á los que combatan, no al catolicismo, sino sus abusos y á sus adeptos, entonces dejémonos de mentiras y plataformas democráticas y que vuelva Maura cuanto antes.

Aun cuando haga lo mismo, nos ahorremos siquiera la indignación de ver que, en una situación que blasona de democrática, se encierra en la cárcel á hombres honrados, para que puedan los canallescos redactores de los periódicos clericales, escribir esto que publicó al saberlo *El Diario de Lérida*:

«Según noticias, á consecuencia de la

denuncia del último número del libelo *La Mitra*, que se publica en esta ciudad, se ha decretado la prisión de dos de los que figuran como redactores del mismo.

Felicitemos por ello á la autoridad judicial, que no ha vacilado en mirar únicamente por los fueros de la justicia, dejando aparte prevenciones de ningún género.

Lérida decente se lo agradecerá.»

Advierto á usted, Sr. Canalejas, que la Lérida decente á que ese papelucho alude, es la que echa tierra sobre el hecho reciente de haber desaparecido de allí un Fray Pedro, por haberse tomado con el hijo de un albañil libertades estéticas en las que debería haber intervenido ese fiscal que ha denunciado *La Mitra*.

En fin, insistiré sobre esto, hasta saber si se pone en claro el criterio del Gobierno en este punto transcendental de las denuncias á la prensa, de que tan complacida resulta la gente clerical.

La escuela laica

Es un símbolo de la emancipación de la conciencia nacional y un laboratorio de libertades patrias donde quedará modelada una generación nueva de hombres que, instruidos en sus derechos, se enorgullezcan de saber cumplir con sus deberes.

Hasta hoy esta escuela se ha contentado con permanecer neutral ó indiferente á la religión; pero si el ataque y la provocación continúan, responderán á la guerra con la guerra, y en la lucha de la fe con la razón ya se sabe de quién será la victoria.

La consigna de atacar la enseñanza laica no pasa de un intento de programa mil veces reformado, tremolándole como lábaro santo en la guerra empeñada entre la tradición y el progreso.

Ya no amenaza la Iglesia con las terribles penas del Infierno porque nadie teme condenarse, ni halaga con los gozos de la gloria porque nadie se preocupa de semejante premio. ¡Mienten tanto los sagrados ministros, que ninguna persona juiciosa se fía de sus palabras!

Ofrezcan al cura, más recalcitrantemente neo, el segundo premio de la lotería de Navidad ó un cachito de cielo, y que elija. Aunque se lo ofrezca el mismo Papa infalible, el cura se decidirá por el metal.

El noventa y nueve por ciento de los españoles vendería su alma al demonio por un hotel en la Castellana ó un automóvil de cuarenta, y no faltarán á millares los que se comprometan con su majestad satánica, por un café y media de abajo.

Aquellas tiernas, lúgubres y macabras escenas de la pasión, reveladas con pelos y señales, número de azotes, de cardenales, de gotas de sudor y de sangre, á la monja de Agreda ó á su socia de Beniganim, pasaron al foso como obras silbadas.

Los íntegros y los mestizos sólo lograron levantar regocijado el espíritu de la galería, que se rió á mandíbula batiente.

Como nada religioso interesaba á las masas que huían en tropel de la Iglesia

para refugiarse en el club, en el casino ó en el mitín, se trató la salida del templo y se organizó el ojeo del obrero, el establecimiento de tiendas cooperativas y de bancos populares.

Quebraron los ultramarinos y los banqueros eclesiásticos dieron con sus huesos en las cárceles. Eso era el mayor aspecto de la acción Católica, ruidosa y finalmente fracasada en Bilbao, como fracasó en Madrid la Asociación de Padres de familia soplones y sádicos, en jundio del jesuita Cándido Sanz.

A sustituir estos intentos ha venido la Defensa Social; son los mismos perros con los mismos collares, en nombre de todo lo más sagrado que existe en el cielo y en la tierra, refundido en la palabra: *Católico*.

El mismo caso se ha hecho á este mínimo programa confeccionado en Roma, que á las coplas de Calainos.

Estas gentes no quieren convencerse de las fundadísimas sospechas que nos inspiran tantos sacrificios como dicen que realizan, tan sólo por salvar nuestras almas, no perdonando para ello ni el tormento ni la hoguera de la inquisición, ni el trabuco naranjero, ni el incendio, ni el robo, ni la violación, ni el asesinato, ni la denuncia falsa, ni la cárcel, ni el destierro ni el patíbulo.

CANTACLARO

Un hombre... hombre

El director de *El Diario de Huesca*, D. Salvador M. Martón, ha ingresado en la cárcel en virtud de un proceso incoado contra él á instancias de D. Miguel Supervia, arcediano de la catedral, secretario de cámara y hermano del obispo.

Merecen ser reproducidas, por lo enteras y dignas, estas palabras del preso:

«Se nos han hecho advertencias en el sentido de que bastaría nuestra solicitud de perdón para que nos fuese concedida la gracia por el querellante. ¡Qué concepto tienen de la dignidad personal y profesional del periodista los inquilinos del Palacio episcopal!

Ni pedimos el perdón ni lo queremos. Después de un hartazgo de venganza; después de satisfacer odios y rencores insanos con imprudentes gestiones y reiteradas instancias persiguiendo la ejecución de la sentencia con afán desmedido de llevar al cautiverio á quien le tiene sin cuidado este lance de su profesión, mal sientan esos estímulos caritativos vanidosos en el hombre-sacerdote que tan olvidada tiene la doctrina de Cristo.

Si por espontánea voluntad de quien severamente nos persigue viniere el perdón, lo rechazaríamos con olímpica indiferencia, pues, de no arrojarle de la reclusión, nuestro director se propone cumplirla hasta el minuto el fallo condenatorio. No queremos deber nada á los neos.

Mengua nuestra sería obrar en contrario. Que conste.

La opinión pública ha emitido juicio en este pleito. Es del todo favorable para nosotros. Más pierde el querellante que el encarcelado. Precisamente ha venido la notificación de la sentencia, á instancia de la parte ofendida y ren-

corosa, cuando amplio indulto rompe el proceso seguido contra el cura de Vi-cién, responsable de un artículo gari-bayesco asaz injurioso; y cuando no hay periodista sujeto á procedimiento judicial y menos extinguiendo condena. El momento no puede ser más oportuno.

Dejamos el comentario al gusto de la opinión. Y por hoy, basta.

Mantuvieran todos los liberales esa actitud viril ante el clericalismo, y no habría levantado la cabeza.

Pero, ¿cómo no han de ensoberbecer-se los miserables que lo componen, al ver que todos se humillan ante él, los unos por obtener sus favores, los otros por escapar de sus persecuciones?

Bien, Martón, bien. Venga esa mano.

ÉXODOS

Salamanca se duele de la constante emigración de sus hijos. Ya no son solamente los humildes labriegos, son también los artesanos quienes buscan lejos de su patria sustento y hogar.

Las filas se cubren pronto en esa provincia que vive de la tradición católica. Eso da toda tierra de curas: miseria é hijos más ó menos espirituales, á los que los clérigos no reconocen ni el derecho de comer.

Pero á todos los curas, frailes y demás saurios empedernidos de la decadencia Salamanca, les bate el *record* de la dureza otro caimán que colea con su ama en un pueblecillo de la provincia de Zamora.

No reza con él aquella frase de Jesús, «sinite parvulos venire ad me», que practican otros de la misma ganadería clerical, dando ó tomando por detrás su verdadero y exacto sentido. A ese cura le da por las mujeres, cuando menos por una, que se sepa, que es su ama, de la cual tuvo un hijo, según dice el propio retoño, un joven expastelero (casi el mismo oficio que el de su presunto padre, pero con más azúcar), un hijo material, dado á luz por el ama en los tiempos de la mayor lozanía del reverendo *páter* por partida doble.

Y ha aquí lo duro del caso. Ignoraba el chico su origen semicelestial, creyéndose pastelero únicamente, y daba gracias á Dios (me lo figuro, pues un hijo de cura, cuando hace pasteles, es capaz de todo) por ser hijo de su madre, una buena mujer que de tal le servía, y por no tener padre conocido entre toda la reuca eclesiástica, cuando cádate que á la madre postiza le entra gana de morir y de contárselo todo (antes de morir; después no hay quien lo cuente).

Y se lo contó, y se murió. Y el muchacho enfermó á consecuencia del disgusto que le produjo saber que era hijo de un padre... cura. Ingresó en el hospital, y una vez dado de alta, fuese con su partida de nacimiento, previamente entregada por la moribunda, y sin un cuarto, camino de la casa paterna, á convencerse de la verdad y á tocar en el piadoso corazón del autor de sus días.

Pero éste le echó con cajas destempladas, negando su paternidad, como hacen todos ellos después del gusto; y el ama, que vió la partida de nacimiento, se comió la partida (es un decir), pi-

diendo al cacho de sus entrañas, por favor, que partiese á Bilbao, donde, por haber muchos curiambros conocidos suyos, del ama, no dejarían de protegerle. Y le hizo merced de 50 pesetas archicatólicas.

Continuó el expastelero y exhijo de cura su odisea, parando en Bilbao y en su cárcel, á donde le archivó la policía por no saber qué hacerse con tal fenómeno de desventuras. Y luego, entre guardias civiles, por tránsitos, y de cárcel en cárcel, fué conducido al pueblo de su naturaleza, si puede considerarse como pueblo de naturaleza un lugar en que la naturaleza, divinamente representada por un cura, se niega á sí misma.

Con sucedidos como este se comprende la emigración.

Y sigue el éxodo.

También de Zamora. Regiones malditas las holladas por la pezuña del fraile, envenenadas por su aliento, arrasadas y estériles en fuerza de avasallarias y exprimiras.

El alcalde de Santa Cristina de Polvorosa ha implorado al gobernador, para que acoja en un hospital á las doscientas familias naturales de aquel pueblo, mientras gestionan con las Repúblicas americanas la concesión de terrenos y pasajes.

La losa de plomo de la tradición monárquica y católica pesa sobre esas provincias y las aplasta. Todo un pueblo reclamando el hospital como asilo donde reparar su absoluta miseria; todo un pueblo forzado á expatriarse por falta de pan y dejando tras sí, con la estela de sus lágrimas, el polvo de oro de una leyenda forjada en el cerebro de los malvados y los imbéciles. La España de los Reyes Católicos nos llevó á la miseria más espantosa y á la despoblación más enorme con Carlos II. El predominio de la frailería coincide en proporción igual con la corriente emigratoria.

Y el pueblo lo aguanta, lo sufre ¡oh vergüenza! como si todos los que forman el pueblo fuesen hijos de cura y España entera un pueblecillo de la provincia de Zamora.

B. PALLOL

Por no descubrirse

Por denuncia del párroco de Santo Domingo (Las Palmas, Gran Canaria), ha sido condenado Antonio Alemán Milán á ocho días de cárcel y 25 pesetas de multa, á causa de no haberse descubierto al paso del Viático.

Canalejas podría con justicia aspirar al glorioso título de *Libertador de Canarias*, si barriera toda la basura reaccionaria que el negociador de lo del Muni ha llevado á aquellas islas.

PLÁTICAS DE CUARESMA

ABYECCIÓN FEMENINA

Me guió y me llevó á las tinieblas y no á la luz... Me co oco en lugares tenebrosos, como á los muertos para siempre

(Jeremías 3.)

No extrañéis mi extrañeza, bellas y discretas lectoras, ni os asombre que la

experimente al cabo de muchos años de andar entre curas y mujeres entre mujeres y curas. Sintírala igualmente si el objeto de esas insensatas manías femeniles fuera yo mismo, porque todo fenómeno sin causa que lo explique satisfactoriamente, alarma é inquieta al hombre reflexivo.

Son demasiadas las desgracias que en mi cuaderno de bitácora clerical constan cargadas á la cuenta de vuestra incomprendible propensión á ser blanda cera en manos del clérigo, para que no sea esta á mi juicio una cuestión capital. Ni cabe tampoco enumerar todos los casos que guardo en mi archivo, porque ocuparían columnas y más columnas; lo que no puedo apartar de mi propósito es la cuestión misma.

¿Por qué es hoy España una excepción entre los pueblos de Europa, excepción de atraso, de fanatismo, de bajeza y de desdicha? Porque en nación alguna es la mujer más propiedad del cura que aquí. Eso nos hace rutinarios, atávicos, duros, insensibles á la verdadera desgracia de nuestros semejantes, sensibleros ante pretendidos y pretéritos dolores de personajes celestes, y dados á disimular el crimen y á ser implacables con pecados que ni aun son delitos ó á veces son virtudes. Eso nos pone fuera del derecho común de gentes, que ni practicamos ni comprendemos, porque sin ser religiosos nos sobra religión contrabecha y nos falta moral; abundamos en tradiciones y ritos como los fariseos y no vemos nuestra pobreza en humanidad, en justicia y en misericordia.

Si, es imposible desconocer que por influjo de las mujeres formadas á gusto del cura, nuestra sociedad es cruel con la joven que se atreve á amar sin permiso de la Iglesia, pero recibe en su seno á la gran señora que defrauda al Estado y vuelve de Biarritz cargada de contrabando. A ese influjo se debe la indiferencia nacional hacia todas las cuestiones vitales, que nada significan ante una *soirée*, unos ejercicios en el Sagrado Corazón, una novena en San Pascual ó una corrida de Beneficencia ó de la Prensa, con uso de mantillas blancas.

El cura, lo primero que despierta en vosotras, es un egoísmo brutal y feroz que no reconoce límites. Sabe que él, por sí mismo, no puede, ni podrá ya en adelante, dominar á pueblo alguno; el hombre es plato demasiado fuerte para él, aunque sea el banquero soez ó el idiota vinatero que Blasco Ibáñez nos presenta en su *Intruso* y en su *Bodega*. ¿Cuándo ni cómo habrían ido esos bárbaros á los pies del jesuita, si no los lleva uncidos como berracos la mujer adiestrada en el confesonario?

Esto lo sabe la Iglesia de sobra, y mientras por una parte os desprecia y no cesa de recordar las maldiciones contra vosotras en que abundan los libros Santos de la Escritura y los tratados de los Santos Padres; mientras en el Seminario enseña al joven á destetaros, no exceptuando la su madre, y á tomarlos sólo como embrutecido instrumento de dominación, del que, sin embargo, se debe huir, porque, según la Iglesia moderna, es menos grave para el sacerdote la sodomía que el prendarse de vosotras; mientras así procedo por un lado, por el otro hace que en la sociedad política el hombre sea poco y vosotros seáis mucho, lo bastante para

que la Iglesia, parapetada tras de vuestras enaguas, lo sea todo.

No necesito recordar esos textos de Salomón, del Eclesiastes y de Filón, ni los de San Jerónimo, San Efrén, Tertuliano y otros muchos que os llaman serpientes, pozos de podredumbre, procuradoras de Satanás para poblar el infierno, pérfidas, infames y abominables, seres malditos por los cuales entró el pecado en el mundo, y así sois la causa de toda la desgracia humana. Todo eso está ya muy manido, y no os haría efecto alguno, porque ya lo ha hecho en vosotras, y bien desastroso; precisamente el que los enras deseaban.

A fuerza de propalar ellos esas brutalidades estúpidas que los liberales más de una vez han copiado, aunque con muy distinto fin, habeis acabado por creer todo eso que dicen Salomón, Tertuliano y el Eclesiastes. Lo habeis creído, y en su consecuencia os despreciais á vosotras mismas de un modo que desconsuela. Yo no he oído hablar á nadie tan mal de la mujer como á la mujer católica; á nadie; ni al marino y al soldado disolutos, ni al logrero egoísta, ni al criminal empedernido se le oye decir de vosotras lo que á vosotras mismas. ¡Y con qué sencilla frescura lo decís! Nada tan frecuente como esta frase: «¡ah, si las mujeres somos muy malas; pero rematadamente malas y capaces de todas las maldades!» Esta frase lo mismo se oye en los salones que en las plazuelas, en los palacios que en los tugurios, y siempre á mujeres; el hombre no piensa de sí mismo tan mal, no porque el cura no lo haya procurado, sino porque el hombre no le ha hecho caso.

No hay, pues, nadie que hable tan mal de las mujeres y de los curas como los curas y las mujeres; los primeros, porque se conocen; vosotras, porque no os conocéis sino á través del cristal empañado que el cura os pone ante la vista. Un sacerdote moderno, gran observador, ha dicho: *Homo homini lupus, mulier mulieri lupior, sacerdos sacerdoti lupissimus*. El hombre es un lobo para los otros hombres; la mujer aún es más lobo para las mujeres; el sacerdote es todo lo lobo posible para otro sacerdote.

Caídas, pues, en el garlito sacerdotal, teneis de vosotras la triste y errónea idea que al cura le conviene. En general, todo ser noble, activo, fuerte y confiado en sus fuerzas, gusta muy poco al cura, porque no es dominable. Si vosotras supierais lo que podíais deber á vuestras cualidades propias, y lo que es el cura geuando habríais caído en sus redes? Lo que al cura le conviene es que ante vuestra conciencia penseis de vosotras mismas todo lo mal posible; que os creais abyectas, débiles, más propensas al pecado en vosotras y en las demás, que el hombre menos virtuoso; un peligro, una calamidad, un ser sucio é inmundo, que basta siendo madre legítimamente, profanaría el templo si entrara en él antes de los cuarenta días del puerperio; un ente que tiene con la humanidad una cuenta sin saldar, la de haberle traído la desgracia por el pecado; pero el cura ha dignificado ese ente que nada puede ser sino por la religión.

Así ya os creéis dignas de todo lo malo que os suceda, de todos los castigos y los desprecios, de ser miradas con asco y con prevención, como, en efecto,

unas á otras os miráis, y tan débiles, que sin el sacerdote haríais morir á la sociedad en el cieno de vuestras miserias. Eso quiere el cura, eso ha conseguido; débiles ante él, él os enseña á usar la fuerza de vuestra debilidad sexual con el nombre, y sois como la codorniz reclamo, como la paloma ladrona, como el pajarillo cimbet, como el cebo del anzuelo del cura, al cual lleváis al hombre maniatado y, cuando no á él, á sus hijos y su fortuna. Primero os hizo creer portentos de abyección, para que más le agradecierais el haberos levantado; sólo que no os ha levantado aún.

Ya veis si han producido efecto en vosotras las sentencias groseras de Salomón y las gorrinerías de Tertuliano. Así se ve España. Porque esto no sucede ya más que en países dominados por el catolicismo, y no en todos, que los hay muy poco creyentes y menos sumisos que el nuestro; acaso ninguno que lo sea más.

Un Bilbao, donde se diga que el hombre hace la fortuna robando al hombre y á la nación para que luego la mujer se la entregue al jesuita, no lo hay más que España. La viuda de Epalza, lo mismo que la condesa de Pastrana y la marquesa de Rivadavea, son el bello ideal de la mujer católica, tan abúllica, desprendida, ignorante y necia como á la Iglesia conviene; pero ya sólo España produce ese tipo. En Bélgica va escaseando lo mismo que en Austria; en Italia se conoce ya muy poco; España, España; tú eres por tus mujeres la tierra prometida del cura y sobre todo del fraile.

Rampolla, cuando fué aquí nuncio, se asustó de nuestras mujeres; no dijo como luego Humbert: «Hermosas, pero cochinas» (esta cualidad es católica por excelencia); dijo este otro: «bella es la española, ¡oh qué bella!, pero, Dios mío, ¡qué ignorante, que necia y qué fanática!» Y tenía razón, pues no había tratado más que mujeres devotas de la sociedad monárquica. No tenía ya que preguntarse la causa de serlo aquí todo los jesuitas y de que toda esperanza de regeneración sea un sueño por culpa vuestra, ¡oh adorable mitad del género humano!

¡Nos habéis hundido! El círculo vicioso está formado, es de acérc, no hay ya manera de romperlo; sin elevar mucho á la mujer mediante un cambio radicalísimo y rápido, es aquí imposible la vida; pero no se puede elevar á la mujer, porque la ha enfangado el cura, y aunque lo quitáremos de enmedio, con la mujer sola nos bastaría para no andar jamás sino entre fango católico, fango romano, fango pietista, fango feminista de origen jesuita, fango de influjo de *budoir*; fango siempre y siempre clerical.

Esa es vuestra obra, mujeres, hombres, la mereceis, puesto que no supisteis impedirla á tiempo; y si ahora misms os dejaran, tampoco sabríais por dónde empezar ni cómo; la mereceis y esa es; ya empezamos á tocar las consecuencias. ¡Y pensar, amadas señoras y señoritas, que ni una sola de vosotras sabe de cierto si es verdad ó mentira, ó qué es la doctrina y la religión, en cuyo nombre os ha subyugado el cura! ¡Si lo supiera al menos él mismo! Pero ni aun eso. ¡Insondables misterios de la idiotez humana! El cura sabe lo que se

hace tratando de subyugar á la mujer; la mujer no sabe, ni quién es, ni qué vale, ni adónde va el cura...; pero á ciegas se adhiere á él, porque sí; sólo por eso. ¿No os parece bastante?

JOSÉ FERRÁNDIZ

Buenos ejemplos

Los maestros franceses han conseguido el procesamiento y la condena del cardenal Luzón, con motivo de una carta en que el prelado les dirigía varias injurias. También han empapelado al obispo monseñor Turmaz, que en unión de otros jerarcas eclesiásticos había querido prohibir el uso de ciertos libros en las escuelas.

Por ese lado no vamos mal. En España, los maestros no pican tan alto ni tan fuerte, y eso que tienen sobrados motivos para ello.

Verdad es, que los príncipes de la Iglesia están aquí muy agarrados; pero los franceses tampoco piensan en soltar las amarras.

Monseñor Turmaz ha dicho, que si se les niega su derecho, apelarán al pueblo, á Francia entera y á Dios. Claro que esas son palabras vanas, declaraciones teatrales mandadas recoger por cursis y completamente inútiles ante los tribunales de Justicia. Pero quizás consigan los mitrados galos embaucar á cuatro padres para que les lleven sus niños (los de los padres), pues de eso se trata.

Los niños no pertenecen al Estado—ha dicho el obispo Turmaz—pertenecen á la Iglesia. Claro es, y por eso hacen de ellos cuanto quieren curas y frailes en los seminarios y en los conventos, á uso marista y sin responsabilidad alguna, muy religiosamente, por arriba, por abajo, por delante y por detrás.

Per omnia secula seculorum...

EL TRABAJO

Cuando el joven piensa por primera vez en el modo de ganarse la vida, los empleos del Gobierno le seducen por lo holgados y los trabajos mecánicos le inspiran horror por lo rudos.

El empleado mira al trabajador con cierto desprecio y más de uno de éstos ambiciona la posición de aquellos «Señores». Muchos tienen el trabajo por degradante, y en nuestro concepto ninguno puede levantar la frente con más orgullo que el hombre doblado todo el día sobre su trabajo.—Soy un obrero del progreso; contribuyo al bienestar de la Humanidad; mantengo mi familia con el sudor de mi frente; soy un miembro útil á la sociedad—puede decir con noble orgullo.

Hoy se principia á reconocer su mérito; mañana se apreciará mejor.

El trabajador lleva en sus brazos y en su inteligencia una riqueza que en todas partes se necesita; riqueza sin la cual sería muy pobre el capitalista.

Supongamos por un momento que nadie quiere hacer los trabajos rudos

¿Dónde conseguiremos pan? ¿Dónde ropa? ¿Dónde calzado? ¿Cómo podremos trasladarnos de un punto á otro? ¿Quién construirá casas para proteger-nos de la inclemencia? ¿Qué sería de la sociedad si faltara el trabajador? Suprimid la fuerza motora y paralizáis la mecánica: suprimid el trabajador y aniquilaréis la Humanidad en poco tiempo.

Útiles y muy útiles son los médicos, los abogados, los artistas, los escritores, etc. etc.; pero el trabajador es necesario. El es la fuerza motriz que empuja; él es la base de ese gran edificio que llamamos prosperidad.

¿Y qué diremos del empleado? El empleado es un hombre también necesario y de ningún modo censuramos al que cumple con sus obligaciones, al que fielmente da su trabajo en cambio del sueldo que le pagan; pero le tenemos lástima por la mala elección de carrera. ¡Cuántas humillaciones para conseguir un puesto! ¡Cuántas zozobras cuando está empleado temiendo perder el destino! ¡Cuántas privaciones y miseria cuando está cesante! El empleado vive siempre bajo la espada de Damocles, espada que en el momento menos pensado puede cortar el hilo de que pende su pan y el de sus hijos.

La vida del dependiente se parece algún tanto á la del empleado; pero tiene la ventaja de que se sale de una casa puede entrar en cien, no solamente en su país, sino donde quiera que se hable su idioma. El círculo del empleado es incomparablemente más limitado. En su patria no hay más que un Gobierno, y entre los de otras naciones donde se habla el mismo idioma, son pocos los extranjeros que llegan á ocupar destinos públicos.

En virtud de esas consideraciones y otras muchas que pudiéramos citar, se puede deducir que un oficio mecánico es hoy mucho más independiente y más favorecido en todas las partes del mundo. La mercancía del trabajador es una moneda que circula en todos los países: mientras que las de los dependientes y empleados de gobierno están reducidas á determinadas localidades.

R. VAREA

Decisión rápida

Estaba tranquilamente leyendo *El Demócrata* en su taller un honrado industrial de Prado del Rey, cuando entró el chantre de la parroquia y lo insultó de la manera más cochina que puede darse porque leía aquel periódico.

Y tanto y tanto le dijo, que ya mi hombre, cansado de oír sandeces é injurias, lo agarró de un brazo y lo tiró al arroyo como se tira una rata muerta.

Si hubiera empezado por ahí, se hubiese ahorrado de oír barbaridades.

Recomiendo el procedimiento á todos los que se vean importunados por la gentuza clerical.

¡Su opinión, por favor!

Sr. Nakens:

Escalofríos me causa tomar la pluma para relatarle los hechos que va usted

á leer. Soy anticlerical convencido, y por exponer en varios periódicos mis ideas, me he sentado tres veces en el banquillo en la Audiencia y he sufrido cinco denuncias más, que unas fueron sobreesidas y en otras cumplí la pena que me impusieron: tuve que vender lo poco que poseía, y hoy me encuentro viviendo de un modesto empleo que debo á la generosidad de una empresa particular.

Pues bien, Sr. Nakens; pensando de este modo, me encuentro en el caso de autorizar á mis dos hijos, Pedro y Miguel, de más de ocho años el primero y de cinco el segundo, para que vayan á la iglesia á que los bauticen. ¿Por qué? Voy á decírselo á usted:

Hace un año que el mayor viene pidiéndome con insistencia permiso para ir él mismo á que le echen el santo o-cio, y yo negándoselo; mas ahora le ayudo el pequeño, aconsejado no sé por quién.

—Papá, me dice el mayor; de todos los niños que van á la escuela, Miguelito y yo somos los únicos que no estamos bautizados; los demás chiquillos y chiquillas nos están siempre diciendo moros y judíos; y como nosotros les contestamos, nos pegan cuando son más grandes. El ser usted republicano ¿qué le hace para que nos bautice? ¿No es republicano el tío... fulano, el padre de Juanito y el de Benito, y muchos más? Pues todos están bautizados.

—Sí, hijo; pero yo, á más de republicano, soy librepensador, es decir, soy contrario á todos aquellos que me hicieron vender lo que tenía y gastar varios miles de pesetas para que no me llevarán á la cárcel. ¿Te acuerdas cuando estuve arrestado en el Ayuntamiento? Tú ibas á verme y te preguntaba la gente que quién tenía allí á tu padre, y decías que los curas, y lo mismo contestabas cuando preguntaban por la casa que habíamos tenido.

—Bueno, papá; pues yo, si usted no me bautiza, en cuanto que me digan moro, me agarro con el chiquillo ó chiquilla que sea, y le doy un pelotazo...

Después de esto, Sr. Nakens, he sabido lo que mi hijo ha contestado á las niñas, que le han dicho moro; lo mismo que á los niños, amaestrados y excitados para insultarlos.

Ultimamente cae enfermo de gravedad con tifoidea; está treinta y tantos días con calentura, y al encontrarse ya convaleciente, me dice que en cuanto se pusiera bueno le pediría al cura que lo bautizara. Y en aquel momento, gozoso ante la idea de que se había salvado de la muerte, le ofrecí darle el permiso.

Y ahora una pregunta:

¿Debo ir yo á la iglesia, en la que no he entrado hace diez años, el día que vayan á bautizar mis hijos, contradiciendo así las ideas que profeso? Esto me preocupa grandemente.

Autorizo á usted, Sr. Nakens, para contestarme en público acerca de esto, lamentando que, quizás debido á los pocos prosélitos hechos en la campaña anticlerical entablada por mí, durante algunos años de lucha, en los periódicos *El Andevalo*, *La Espuela* y *El Trabajo*, pues sólo un republicano se apartó de la Iglesia, mis hijos se encuentren en el pueblo sufriendo los desprecios y los insultos de todos.

No culpo á nadie; pero como me veo

sólo, pobre y abatido, acudo á usted rogándole que me dé su opinión.

Dándole las gracias por la inserción de estas cuartillas, y ofreciéndole que esta determinación no dañará en lo más mínimo mi susceptibilidad anticlerical, pues mi conducta seguirá siendo la misma de antes, soy de usted atento y seguro servidor, Benito Serrano.

Doy á usted las gracias, Sr. Serrano, por haberme elegido entre todos los que hubieran podido darle su opinión en este asunto, y le respondo:

Ni aplaudo su conducta ni la condeno. Las circunstancias se imponen á veces á la voluntad más firme, y hay que tenerlas siempre en cuenta para emitir juicio. Además, yo no tengo derecho á ser intransigente más que conmigo mismo.

Lo que sí opino, es que no debe usted ir á la iglesia, puesto que no es necesario para que el acto se celebre.

Y lamentando que usted se haya visto obligado á hacer ese sacrificio por ahorrarse disgustos á sus hijos, le doy la seguridad de que no ha perdido nada en mi consideración y afecto. El hombre que es vencido después de haber luchado valerosamente, no merecerá nunca que se le reproche como al que antes de luchar se declara vencido.—J. N.

Gracias á Dios

¿En qué quedamos? Lo he leído de dos maneras: que estando un jesuita tro-nando contra las escuelas laicas desde el púlpito, se murió de repente; que el muerto fué un seglar que le estaba escuchando. De todas suertes, la víctima falleció de un ataque de oratoria jesuítica fulminante; suerte ó desgracia no acaecida á ninguno de los que han asistido á los mítins celebrados en pro de las escuelas laicas.

La Providencia sigue velando por nosotros, gracias á Dios.

LA "COMUNIÓN DE LOS SANTOS",

LA «COMUNIÓN DE LOS DIABLOS» Y LA COMUNIÓN DEL CLERO

Los amigos de Benito.

El trampantojo de la salerosa iglesia pontificia presenta infinitas sorpresas al observador de su historia.

El Judas Iscariote se ahorcó, según cuentan, pero resucitó al tercer día ó el mismo día, ó mejor dicho, su espíritu de judío avisado encarnó más y mejor en aquel Simón Pedro, cuya psicología podemos descubrir en aquellos dos rasgos suyos del Tabor, en donde propuso al Maestro levantar allí tres tiendas para su recreo, y en el Sanedrín, en donde no lo conoció. El Papado, heredero de San Pedro, ha continuado su historia: á la hora de cobrar, el Sumo Pontífice es el Vicario de Cristo, enamorándose de El, deshaciéndose en juramentos de morir mil veces antes de dejarlo; á la hora de pagar... no le conoce y lo deja en el arro-

yo. Es uno de los amigos de Benito, pasado á la Compañía de Jesús.

Una iglesia partida en dos.

A raíz del cristianismo fundóse la sociedad comunista llamada Iglesia, á la cual cada socio aportaba todo cuanto poseía. Para la administración y distribución del fondo común, nombróse un comité llamado «clero», quien aplicó desde luego la máxima: «quien parte y reparte quédase con la mejor parte». El templo era la casa social; algo así como el granero común. A la vuelta de algún tiempo, los señores del comité pusieron llaves á la puerta y se quedaron con ellas para evitar los hurtos; todos los socios estaban obligados á traer, pero nadie podía sacar sin permiso del comité. Las entregas se hacían á la *sociedad iglesia*. Pasaron unos años más y el comité siguió cobrando y exigiendo de todos cada vez más, pero fué dando cada vez menos y con más dificultades. Resultado: que el comité resultó ser dueño del acervo común y la sociedad Iglesia quedó fraccionada en dos clases de socios: unos que pagan y dan lo suyo; otros que cobran y se apoderan de lo ajeno.

Las tres hijas de Elena.

El negocio del comité estaba hecho; pero, como ocurre en los municipios y entre los concejales, comenzaron á disputarse unos con otros, hasta que surgió el alcalde y dijo: «aquí no hay más comité que yo»; y los señores del margen hubieron de atemperarse por no perder la concejía clerical. Los alcaldes (que tomaron el nombre de párrocos), fueron abusando, y surgió el gobernador de la provincia, vulgo obispo.

La piedra teologal.

El teólogo no descubrió la ciencia teórica de esta fe del negocio; pero tocó experimentalmente el *negocio de la fe*. De esa fe el teólogo ha extraído oro, pedería, riquezas, propiedades y crédito de Vaticano, de mitras, de los templos y de los monasterios. Los sueños de los alquimistas en la *piedra filosofal*, realizólos el teólogo en su *piedra teologal*.

Monopolio de cirios y demás artículos religiosos.

El negocio eclesiástico es la *negociación de la fe cristiana*. La palabra *comunidad eclesiástica* significa *participación en el negocio*. La historia de este negocio puede dividirse en cuatro fases:

1.^a *El cristianismo v. tal y heroico*.—Comunión perfecta de todos los bienes, espirituales y temporales, celestiales y terrenos; la comunión de los Santos: lo de cada uno es de todos y lo de todos es de cada uno; no hay más que cristianos. Todos aportan todo lo suyo al acervo común; la comunión es indivisible é integral en todas las especies: pan, vino, aceite, oraciones, alegrías y sacrificios. Para la recta administración se nombra un concejo ó comité; los concejales se llaman clérigos.

Cría cuervos.

2.^a *Dos iglesias: una que paga y otra que cobra*.—En esta fase el *clero concejil* prescinde de la elección popular, afirma su derecho propio, se constituye vitaliciamente en su cargo, se dice ordenado por Dios, y se declara, no administrador, sino dueño del *acervo común*, lanzando del comedor al pueblo lego, á

quien se le confiere la misión de orar, trabajar y pagar, reservándose al clero la misión de cobrar, comer y danzar. Se descuartiza el Espíritu Santo y el cuerpo de Cristo y la Iglesia, haciéndose dos raciones: una Iglesia espiritual, invisible, y del cielo (la caja Humbert) que se reserva para el *pueblo*: la temporal, visible, jerárquica y clerical, á la cual pertenecen, no los amigos de Cristo, sino los amigos del clero. Al pueblo se le retira de la *sagrada mesa* el aceite y el vino y se le deja la comunión del *pan*; después se rebaja la ración de pan y se le reduce á una miniatura de pan llamada oblea. La fe suplente con el *valor infinito espiritual* la falta de peso, cantidad y valor nutritivo; el estómago queda vacío y el espíritu lleno. *La verdadera iglesia es la del clero*: una de cristianos y otra católica de cuervos.

El Pastor que trasquila.

3.^a *Tres iglesias*.—Los concejos disputáronse, y para no perder el patrimonio nombraron un árbitro: el obispo, como si dijéramos el gobernador de la provincia. El obispo dió por bien hecha la expulsión del cristiano lego de la *sagrada mesa clerical*; dejó al pueblo con el pan simbólico y sin vino, y puso al clero á ración de pan y vino, llevándose el aceite. Ningún lego podía comer en la *sagrada mesa clerical* sin permiso del clero; ningún clérigo podía comer sin permiso del obispo. El Espíritu Santo queda dividido en tres partes: una que es la que el pueblo recibe en el bautismo: es bastante defectuosa. Otra la que se da al clero, cercenado y mutilado: la *plenitud* del Espíritu Santo se reserva á los obispos. Todas estas fragmentaciones son blasfemáticas y ateas, pues niegan la simplicidad de Dios; pero el teólogo sabe blasfemar á mayor gloria de Dios y provecho de su bolsillo.

Éramos poco y...

4.^a *Cuatro iglesias*.—Los pueblos disputan con el clero; éste con los obispos; se elige un árbitro supremo y se nombra un arzobispo, luego un patriarca superior á los arzobispos, luego un jefe de los patriarcas, vulgo papa. Este cargó con el santo y la limosna; parte y reparte y se queda con la mejor parte. No hay más obispos que los que él autorice, ni más clérigos que los que él autorice sus obispos, ni más cristianos que los que autorice el clérigo; y al que se separe de ahí, *asarlo vivo*. Esta es la *comunidad pontificia y la Iglesia pontificia*.

Tenemos, pues, una Iglesia cristiana, excomulgada por el clero; una Iglesia presbiteriana excomulgada por los obispos; una Iglesia episcopal (anglicana, occidental, etc.) excomulgada por el Papa. La palabra *comulgar* significa propiamente *comer*. La comunión se llama también *convite*, comedor.

Cómo del Pesebre de Belén sale un Pesebre de Sardanápalo.

Los comensales están siempre á la que salta para coger la mejor tajada, que se disputan como perros hambrientos, excomulgándose unos á otros y armando cada camorra que tiembla el orbe. Unas veces disputa el Papa con los obispos y los obispos le procesan, le deponen y le excomulgan (cismas: Concilios de Basilea y Constanza); otras veces el clero se levanta contra los obispos y contra el Papa y los excomulgan,

destierran y persiguen como diablos (cisma calvinista y luterano); otras veces el pueblo coge el Cristo y los látigos y hace limpieza de clérigos de todas las (albigenses, valdenses, cuáqueros); otras veces el mundo, harto de tanta camorra, saca los cañones y fusila al que se atreve á chillar (la separación en Francia), poniendo término al banquete, quitando á todos la ración y devolviendo al pueblo el *acervo común*, aquel que por arte de birli-birloque le habían birlado los señores del concejo, que cuando pierden el comedero lloran la pérdida de la fe. ¡La caja Humbert queda abierta! Madame Iglesia pasa á las listas de la policía, catalogada entre la *vagancia, mendicidad* y gentes de vida sospechosa.

Y está probado que cuanto menos clérigos del Papa, más cristianos de Cristo

UN DOCTOR MODERNISTA

¡Fuera parásitos!

Aquellos chilenos de que nos burlábamos en *Los sobrinos del capitán Grant* por calmosos y atrasadillos, nos dan ahora un bravo ejemplo de entereza y resolución.

No sé si tienen ó no tienen Concordato para andar con estorbos por su casa; pero han expulsado muy linda y expeditivamente á los sacerdotes peruanos del territorio de Taena, por negarse éstos á observar la Constitución de Chile.

Y van á reemplazarlos con chilenos, lo cual es un mal menor; pero al fin y al cabo es un mal, del que tal vez seamos responsables los españoles; no en vano les transmitimos nuestras costumbres y nuestros frailes durante mucho tiempo.

Imitemos ahora su conducta. ¡Fuera todos los sacerdotes que huelan á extranjero! Y después... ¡Fuera también los que trasciendan á nacionales!

La casa sin chinches; esto es, la felicidad deseada.

Me relamo de gusto sólo al pensarlo.

Fantasías cuaresmales

IV

Desde Jesús crucificado, hasta nuestras manos encadenadas, se impone una gran obra de liberación.

Cristo, humano y triunfante, la dolorosa desnudez de sus miembros lacrados bajo la amplia vestidura nazarena. Cristo, libertado de la tortura de la cruz, fugitivo en brazos de la multitud vindicadora, de la lóbrega penumbra del templo en ruinas, é irguiéndose poco después, altivo y augusto en la plaza pública, sobre el monumento á los Genios levantado por la justicia humana á pleno aire, bajo la dorada esplendidez del sol y el azul del cielo, es el Cristo-Símbolo de la redención del hombre.

Es el apóstol de la Vida que señala á la Humanidad el camino de su total y definitiva liberación, como á término de una evolución máxima y perfecta.

Es la voz del deber imperiosa y consoladora que grita:

«Hombre: á vivir. ¿No sientes latir el corazón con fuerza desconocida? Es el aldabazo de la Vida; es la santa maravilla que se impone, es la juventud que se inicia con el deseo de gozar de la belleza más sublime, de la forma más augusta del florecer de todos los amores de la tierra.»

«Anda, que nada puede oponerse á tu paso; el cielo, la tierra, el mar... ¡son cosa tuya!»

«Corre; la religión del vivir es la religión del hombre. ¡Vive! Vive, y todo vivirá contigo, todo gozará de tu gozar, que á tu alrededor, en la tierra toda, sonríe y triunfa el milagro de la vida.»

Y el hombre, libre en la tierra, no como el preso en su ergástula, sino como señor en su reino, levantará la frente henchida en el aire la soberbia de su mirada poderosa, los cabellos al viento, el ancho pecho aspirando vigorosamente, los músculos reventando de fuerza, los brazos levantados rubricando con la elocuencia del gesto la sublimidad del primer verso del poema de la vida: ¡Amor! Un gran amor á la redención ilimitada de la tierra y el hombre. Amor sublime.

Único amor capaz de afirmar un odio, como él sublime, santo, irreductible, insaciable; no el odio bajo y rastrero, mezcla de envidias é intamias, beso de Judas, despecho de eunuco, estigma de contrahechos de corazón y de cerebro; sino un odio implacable como el destino, recto y heridor como el rayo, y activo como una roca milenaria inmóvil entre el mar en furia.

Odio al sufrimiento.

Un odio santo y noble, un odio á muerte contra la farsa y la mentira, el engaño y la traición, la desigualdad y la injusticia, la opresión y la esclavitud, la tiranía y el despotismo, el fanatismo y la superstición, la usurpación y el privilegio.

Un gran odio que levante el látigo de castigo contra el indiferentismo y la pasividad, compañeros de la abyección y el embrutecimiento.

Odio al collar que estrangula.

Odio al arma que mata.

Odio á la fuerza que tiraniza.

Odio al apóstol que traiciona.

Odio al ídolo que embrutece.

Odio á todas las ficciones y negaciones de vida.

El amor sublime, el único capaz de las grandes afirmaciones, ha de inspirar este odio irreductible é insaciable del hombre fuerte.

Amar y odiar.

Luchar siempre.

Luchar, hasta que el hombre, fuerte, libre y feliz, en plena posesión de la Vida, pueda decir á su amada:

«Compañera: corramos á vivir, que nada se opone á nuestro sagrado derecho á la vida. La tierra es nuestra, es de todos los que como tú y yo entonamos el himno á la Vida.

¿Ves esta flor? Es tuya: aspirala. Es de todos y para todos. El oro del sol descende á todos los ámbitos de la tierra, pródiga y generosa, fecundando jardines inmensos.

Ven: corramos; hemos de aportar nuestro esfuerzo al esfuerzo de todos. El trabajo ya no es oprobio, es dignificación; trabajemos el corto espacio de tiempo que nos corresponde; sembré-

mos felicidades que recogeremos hoy, mañana y cada día. Es por esto y para esto que debemos trabajar.....

Y ya que hemos de aceptar la vida, gocémosla y hagámosla hermosa. La religión del vivir es la religión nuestra.

CASIMIRO GIRALT

Barcelona, Marzo, 1910.

Periodistas tonsurados

Desde que cucarachas y frailucos se han dado al periodismo, reina un pánico colosal entre el grosero gremio de amas de llaves. Como no se dedican en sus papeles más que á molestar á todo el que se cisca en ellos, están las pobres temiendo que un día los pongan verdes á bofetadas.

Conozco á una tal D.^a Filomena que cada vez que su *pater* sale de casa, le pregunta:

—Padre Francisco, ¿volverá usted?

—Sí, hija, sí.

—Lo decía porque como es sábado y acaba de publicarse en *El Es Aritu* su artículo...

El tío gordiflón reflexiona y contesta:

—¿Sabes, Filomena, que tienes razón? Anda, sácame el revólver, por si acaso.

Todavía no ha ocurrido que un periodista de esos retorne á su domicilio con unas cuantas costillas magulladas; mas en previsión de un percance, aconsejo á las prendas de su corazón que se provean de árnica.

CARLOS SANCHO

Historia edificante

En 1718, Juan Bautista Gerard, jesuita francés, fué nombrado rector del seminario real de Tolón, y al punto se fijó en Catalina Cadière, una de sus penitentas, de diez y ocho años, y dotada de rara hermosura.

Iba á visitarla diariamente, y con frecuencia le había sorprendido Catalina en las posturas más torpes, hasta que una mañana la obligó, en nombre de la justicia divina, á que se quitase los vestidos, y así puesta empezó á abrazarla, prometiéndole que la conduciría á la última perfección, como en efecto, la condujo; mas temiendo las consecuencias, le hacía tomar de tiempo en tiempo una poción que la ocasionaba enormes pérdidas de sangre.

Condujola después al convento de Ollioules, distante una legua de Tolón, donde obtuvo el verla sin testigos, lazo culpable que comenzaba á escalear; por lo que, al efectuar un viaje el padre Gerard, hizo el presidente de Bresce que encerrasen á la señorita de Cadière en el convento de las Ursulinas; y habiendo ésta pedido que la confesasen, reveló al sacerdote cuanto había pasado con su antiguo director.

El padre Gerard no se turbó á tan horrible acusación; antes por el contrario, acusó á Catalina de hallarse poseída y excitó contra ella á los religiosos.

Trasladado el asunto al Parlamento, se dictó una orden de prisión contra la señorita de Cadière y el carmelita que

entonces la dirigía. El jesuita no fué preso.

Los debates de tan afrentoso asunto probaron que Gerard era culpable de los crímenes de sortilegio, quietismo, incesto espiritual, aborto (de este delito hubo pruebas) y cohecho de testigos.

El 11 de Septiembre de 1731, el procurador general pidió que á Catalina se la condenase á hacer pública retractación delante del pórtico de la iglesia de San Salvador para ser luego colgada. El auto no fué proveído conforme á estas conclusiones, y Catalina fué devuelta á su madre, y el padre Gerard exonerado. Reconocido por la población, ésta le abrumó de injurias y chiflidos.

Murió, no obstante, tranquilo y á edad muy avanzada.

Lo cual prueba que le de los remordimientos de conciencia y el temor á la otra vida, es una filfa entre los profesionales religiosos.

VULGARIZACIONES ECLESIAÍSTICAS

El tormento en los conventos.

XII

EL LIBRO DEL P. SPATARIUS.—NO HAY JUEZ CONTRA EL FRAILE.—EL FRAILE NO PUEDE APELAR ANTE EL TRIBUNAL CIVIL.—LOS FRAILES SE ADIESTRAN EN EL OFICIO DE VERDUGOS.—LA CUERDA ES LA REINA DE LOS TORMENTOS.—LOS VERDUGOS LAICOS ESTÁN EXCLUIDOS DE LOS CONVENTOS.—LOS FRAILES ATORMENTADORES JURAN GUARDAR SECRETO.

Después de examinadas las atrocidades que respecto al tormento monástico refiere y prescribe el fraile franciscano padre Luis Miranda en su obra *Liber Ordinis Judicarii*, vamos á meter mano á otro fraile, franciscano también, dicho sea para honra y gloria de la Orden de San Francisco de Asís, que en eso de los tormentos ha dado ciento y raya á todos los institutos religiosos.

Aurea Methodus corrigendi regulares; auctore R. P. J. Octaviano Spataris, Ordinis Minorum, Colonice Agrippinae, sumptibus Feltri Henningii, 1623. Que quiere decir: *Método de oro para corregir regulares. Su autor Octaviano Spataris, de la Orden de los Menores, en Colonia, á costa de Pedro Henningio, 1623.*

En este libro, que vale un Potosí, desde el principio, capítulo V, se define y defiende la independencia del poder monástico. «Ningún seglar, aunque sea rey ó monarca, es juez competente del regular.»

Recuerdo que á cierto padre agustino hace algunos años la Corona y el Gobierno le mandaron ir á Filipinas con no sé qué misión; pero el General de la Orden lo supo y le mandó ir á Roma, y la Corona quedó sin ser obedecida.

Tratado I, capítulo VI: «...Los religiosos viven inunes completamente por derecho divino cuanto á las causas criminales, de todo juez secular, cualquiera que sea su potestad y autoridad.»

Como ve el lector, la afirmación no puede ser más rotunda y categórica. He aquí explicado por qué jueces y gobernadores se detienen asustados ante la

puerta de los conventos, sin atreverse á entrar, cuando se origina un escándalo ó se comete un delito en cualquier convento. No se atreven á pisotear el *derecho divino* que exime á los frailes y monjas de toda autoridad civil.

Tratado X.—De las apelaciones. «Que es un *crimen gravísimo* en los religiosos el acudir en recurso á los tribunales civiles.» *Gravissima sunt crimina recursus ad tribunalia secularia.*

He aquí contestada la objeción de los que dicen que cualquier fraile ó monja amenazado de tormento puede acudir al juez ó gobernador y librarse de él. No; el dar este paso es un *crimen gravísimo* para los monacales y ¡ay del fraile que lo intentara! Sería peor el remedio que el mal. Como la autoridad civil no puede desligarle de sus votos ni de la clausura, vuelto á las garras de sus enemigos, pagaría bien cara su tentativa de libertad. Se han dado muchos casos.

En el tratado IX, capítulo XXII, número 5, confiesa ese fraile franciscano:

«Que siendo visitador de su Orden asistió como provincial á muchos tormentos de religiosos; que en todos los conventos halló frailes muy diestros y duchos en el arte de atormentar sin descoyuntar los huesos, lo cual puede ocasionar la muerte, y que sólo una vez, no encontrando brazos expertos, llamó al verdugo del lugar para tan delicada operación.»

Después de decir esto el buen fraile, se extasia ante el tormento de la cuerda, á la que llama *reina de los tormentos* (*tormentorum regina*), y opina que jamás debe renunciarse á su empleo porque es el medio más seguro de arrancar confesiones.

Ducange en su *Glosario* define este tormento: «La cuerda es una especie de caballete en el que tienden al criminal y le estiran los cuatro miembros.»

Esta tortura es espantosa y hace lanzar á las víctimas terribles alaridos.

Tratado IX, capítulo IX.—«Pero los ejecutores han de ser muy hábiles, pues si no lo son pueden romper los brazos ó las piernas del reo, como yo lo he visto con frecuencia (*sicut ego vidi contingere*) por la crueldad y barbarie de los superiores, que á menudo *saciaban su rencor y ansia de venganza.*»

Ya ven los lectores cómo el P. Spatarius confirma con sus palabras lo que yo he dicho varias veces; que la mayoría de los tormentos monásticos no reconocen más origen que las pasiones y odios de los superiores, los cuales, como gozan de una autoridad ilimitada, no tienen quien les vaya á mano y bajo la capa de observancia regular encubren sus venganzas y antipatías personales.

Con gusto citaré las mismas palabras latinas de este fraile, para que se viera cuán exacto es todo lo que aquí se dice; pero no lo hago porque prolongaría enormemente las dimensiones de estos artículos y por tratarse de una lengua que ya casi nadie conoce. Mas tengo los textos vivos y chorreando sangre á disposición de los venerables frailes y clérigos que me los pidan, que no me los pelearán, y eso es lo que siento.

Al verdugo laico se le debe llamar lo menos posible; sólo cuando en la comunidad no haya atormentadores (*tormentores*) bien ávezados á ese oficio, como

realmente debe haberlos en todo convento bien organizado.»

¿Qué tal? ¿Los tormentos monásticos son una *ficción*? Pues ahí están los frailes aprendiendo el oficio de verdugos para desmentir á los que se obstinan en cerrar los ojos ante estas infamias.

Tratado IV, capítulo XXII, números 5 y 6: «El tormento debe aplicarse por religiosos prudentes y discretos en corto número, á quienes se hace jurar que *guardarán inviolable secreto* y harán su oficio en el fondo del calabozo ó en otro lugar cualquiera desde el cual no trasciendan los alaridos del paciente cuando es torturado. Y nunca se traigan verdugos de fuera sin que lo determine el Definitorio ó los padres graves.»

Las anteriores palabras encierran una gravedad suma. Convencidos los frailes de que realizan una infamia, procuran que el maldito poder civil no se entere de sus fechorías; por esto no utilizan verdugos laicos y obligan á los frailes atormentadores á que juren guardar secreto inviolable de tales horrores, y así también de este modo el mundo ignora los pecados y faltas que cometen los frailes, de modo que toda la ropa sucia se lava dentro del convento y nadie se entera de las tenebrosas intrigas que se fraguan dentro de sus muros.

Los fieles se enteran á veces de que ha muerto el P. Tal ó hermano Cual; pero no saben de qué ni cómo. A veces el difunto gozaba horas antes de perfecta salud, y nunca faltan médicos complacientes que certifican todo lo que el superior quiere.

FRAY GERUNDIO

Bautizo tardío

¿De qué medios se ha valido el clero-popótamo de Prado del Rey para lograr que un librepensador bautice á una hija suya de cuatro años, que por cierto lloraba desconsoladamente cuando le mojaron el occipucio?

De ninguno digno y correcto; con seguridad; no es costumbre en la clase.

En este asunto, únicamente es digna de respeto y consideración la niña. ¡Lloraba la pobrecita, cual si presintiera los disgustos que le esperan y las socaliñas que le aguardan!

Dios haga que el bautizo le aproveche lo que á mí. No puedo desearla nada mejor.

Teófagos

Probablemente la palabra teófago no se encontrará en ningún diccionario, lo que es una injusticia. Hay palabras admitidas por la Academia que designan objetos de poca importancia, y no hay una para calificar á los ilustres doscientos millones de católicos, que deberían llamarse comedores de dioses.

Como hay los antropófagos, que se complacen en comerse á sus prisioneros, solucionando así el problema de los gastos que producen durante su cautividad, existen los teófagos ó comedores de dioses, que, á pesar de ser más

bárbaros que aquéllos, se consideran cultos y dignos de todo respeto.

Comer á un hombre es algo horrible, pero al fin, no es más que un acto de animalidad. Comerse á un Dios, creador del Universo, y digerirlo y expelerlo, es crimen más horroroso aún.

¡Dios, que ha hecho esos soles cuya luz emplea millones de años en llegar hasta nosotros, á pesar de la velocidad de tres mil kilómetros por segundo que la luz recorre, comido por el pigmeo llamado hombre! Los hombres venideros no podrán creer que en el siglo de la electricidad, la superstición admitiese idea tan absurda.

Una oblea que es harina y que conserva el aspecto de harina y el sabor de harina, no puede ser carne y sangre de nadie. Si se produce un milagro, que nadie ve ni puede comprobar, ¿por qué Dios no convierte de veras la harina en carne, de manera que nosotros los incrédulos no tengamos dudas? Sería éste un milagro más pequeño que el que un cuerpo como el de Jesús, que podría pesar unos 65 kilogramos como mínimo, se contenga en una oblea que pesa apenas uno ó dos gramos, y que una parte pequesísima sea igual á un todo, y que el peso de unos miligramos sea igual al peso del cuerpo de Cristo. Un gramo igual á 65 kilogramos.

Si una hostia consagrada se descompone por un químico, se verá que no contiene más que harina, pues el cuerpo de Cristo, á pesar de tener huesos, sangre, carne, etc., no varía la composición química de la oblea. No pierde ni el color, ni el sabor, ni el peso. ¡Y quieren hacernos tragar que no es ya harina, sino sangre y cuerpo de Jesús!

Lo dicho: el catolicismo debería denominarse teofagia, esto es, religión que se come á su Dios, y el católico teófago, ó sea comedor de dioses.

F. GICCA

El ideal del interés

Bañándose en agua de rosas y rezumando mieles, dedica *Il Observatore Romano* una porción de páginas á reseñar el movimiento católico español en contra de las escuelas neutras.

«Es un espectáculo hermoso—dice—el que ofrecen los mítins y manifestaciones contrarias á la apertura de esas escuelas, y el de la defensa de la fe «sin distinción de partidos».

¡Vaya un modo de mentir con toda la boca! El partido republicano y el socialista ¿no son partidos españoles, ó entran también en la cuenta? Poca observación es la del *Observatore*.

Termina excitando á los católicos de todos los países á concordarse en la defensa de los intereses religiosos, morales y comunes.

Morales, no; religiosos y comunes, que todo es uno, bueno. Yo echo al común las páginas del *Observatore Romano* con un interés sumamente religioso.

Y así realizo las tres partes de su ideal. *La Iglesia y la moral*, por Laurent. *Moral jesuitica*, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

CINCO PESETAS TOMO

¡SÓLO PARA HOMBRES! SICALIPSIS MONASTICA

Una monja por dentro ⁽¹⁾

Si miras á mis ojos
cuando te miro,
podrás eer en ellos
lo que no digo.
Que este es el modo,
que nuestro amor profundo
¡caramba!
se oculte á todos.

El lenguaje, lector querido, es un conjunto de signos fonéticos convencionales que expresan nuestras ideas y las excitan en los oyentes. Como hay palabras de doble sentido, así se forman frases enteras, párrafos enteros y libros enteros. Este lenguaje equívoco produce en los que ignoran el doble significado, una idea en unos y otra en otros; y aun en los que conocen el doble valor, puede producir la confusión de simular bonachonamente un sentido para insinuar malignamente el contrario en la fantasía del que está en el busilis.

Las sectas secretas suelen confeccionar ese lenguaje de doble fondo, y en general, todos aquellos que sienten necesidad de comunicarse impresiones que quieren ocultar á los testigos.

El catolicismo encierra todo un diccionario de frases equívocas, y aun de un equívoco que llamaremos de segunda potencia, ó *sublimado*. Esta sublimación consiste en envolver una idea maligna dentro de otra de especiosa bondad, que le sirve como de vaina. Así, por ejemplo, para decir de un sujeto que es un malvado irremediable y difamarle públicamente, el Papa, el obispo, el católico en general, dicen: *pidamos á Dios la conversión de fulano*. Para decir á la hija ó á la esposa que desconfíe del marido, que le mire con horror y espanto, que le contemple como un condenado, que le odie como precito, le dice con cara de compunción y con simulación de cariñosa piedad: *ruegue por la salvación de su marido y pida al Señor que no la contamine*.

Si la Iglesia es maestra de este sublime equívoco, los frailes son maestros sublimes de este arte. Apenas se halla en su conversación y escritos una frase que no lleve envainada, dentro de formas ideales ó fonéticas, la hoja de su afilado puñal. Un ilustre escritor, muy conocedor del paño, escribió á este propósito un libro con propiedad titulado *Mística Parda*.

Siendo el amor una necesidad universal de todo ser humano, y estando severamente proscripto de las reglas monásticas, el religioso ha de apelar á este artificio de lenguaje para expresar ideas

consideradas en él pecaminosas. En un libro especial estudio el valor fisiológico y psíquico de los llamados *amores místicos*, á saber, de los verdaderos. En el presente trabajo voy á estudiar algunas de las facetas de este otro amor pseudo-místico, puesto de moda por los jesuitas, degradación lamentable de la antigua mística, y anzuelo, espejuelo y cebillo con que los *cazadores de almas* seducen la juventud.

No sé hasta qué punto podría ser conveniente que las jóvenes leyeran con atención estas páginas. Con el fin de poder tratar del asunto con el desembarazo y claridad que el interés público reclama, á fin de extraer del estudio el mayor bien posible evitando el mayor mal posible, entiendo que debieran leerlo todos los padres, tutores y hermanos mayores, reservándolo de las jovencillas inexpertas que suelen caer en la tentación de buscar en escritos de esta índole el acicate del erotismo, sensibilibísimo á la menor impresión en la edad juvenil, y dándosele á leer á aquellas que, cualquiera que sea su edad, andan en andanzas frailescas y en peligro inminente de ser presa del tiburón.

Un precioso modelo de ese amor místico-pardo, encuéntralo en los libros del capuchino Valencina, que parece haber hecho voto solemne y perpetuo de dedicar toda su energía cerebral á componer esta especie de *Ejercicios espirituales* en sus libros, hábilmente preparados para sugerir á las lectoras ese amor sacrilego é insano, con arte en el cual ha acumulado cuanto pudo hallar de erótico-psíquico en la literatura profana y sagrada. El primer libro que voy á examinar es el intitulado *Flores del claustro ó arrullos de paloma*, título zarzuelesco y desde luego sicalíptico, con sicalipsis realizada por el carácter del autor y por el escenario en que han de producirse los arrullos.

Veo que el libro se halla ya en la sexta edición. Este hecho ha sobreexcitado mis nervios. A cinco mil ejemplares cada edición, deben calcularse treinta mil jóvenes españolas entregadas al saboreo del opio narcotizante que brota de este libro, perverso entre los más perversos. Y al pensar que este libro se lo habrán entregado á las jóvenes los padres, tutores, hermanos ó maestros, confiados en la etiqueta *religiosa* y descuidados en el examen previo de tales lecturas, para lamentar tardíamente el estrago del corazón de sus prendas más queridas, por no ver el daño hasta que la hija *muere para ellos al nacer para el fraile*; al pensar que en España existen más de cien mil frailes y monjas dedicados á la *caza de almas*, atisbando el momento oportuno para entregar furtivamente á la hija de familia este libro funesto; al considerar las consecuencias que para ellas, para sus familias y para la sociedad trae el indecente engaño de que son víctimas; al pensar que mi madre, mis hermanas, mi novia ó mis hijas

pudieron haber sido presas de esa liga disimulada al paso y en la senda de la juventud, y que la seducción de mi madre habría entrañado mi asesinato antes de nacer; al pensar todo esto, héme sentido poseído de furor y de enojo contra esos seductores y contra la sociedad que los tolera; y he decidido imponerme el trabajo penoso y repugnante de analizar escenas lúbricas y repulsivas para prevenir al público, creyendo que, por más que hagan los frailes, no lograrán impedir que las ideas aquí vertidas arraiguen en algunos cerebros, que se encargarán de dar la voz de alarma á los desventurados *incrédulos* de la maldad frailuna. Y este aviso de alarma servirá para que el padre más fanatizado, al oír hablar del peligro de corrupción de su hija, no la abandone tan fácilmente á la rapacidad del seductor.

Estas ideas han sido expresadas y repetidas hasta la saciedad. Sin embargo, no conozco trabajo alguno que traiga una prueba tan esplendente y definitiva como ésta: la refinada maldad del fraile demostrada por el fraile mismo.

Valencina se revela como un escritor en el cual, si hay falta absoluta de originalidad y aun de alta erudición, se ve una notable habilidad de zurcir ideas, un estilo remilgado y una previsión muy estudiada de los efectos que gradualmente intenta despertar en las lectoras para conseguir su objeto final. Lo que no ha previsto el escritor es que algún día había de caer sobre su libro un análisis como éste, en el cual va á aprender la novedad de que, si él es un excelente psicólogo de la juventud beata, yo soy un psicólogo aceptable de la fraillería y de los literatos.

Yo lamento la dureza con que habré de tratarle; pero él, fraile y todo, reconocerá que el daño que yo pueda inferirle en su susceptibilidad, no llega en una millonésima parte al destrozo que él causa en cada una de sus lectoras.

Y de tal modo estoy empeñado en destrozarle como escritor-místico, que tengo ánimo de dedicar igual crítica á cada uno de sus libros sicalípticos, si la censura eclesiástica no manda retirarlos de la venta.

El desnuda ante el público el alma de la monja; yo voy á desnudar el alma del fraile-catequizador.

Situación psíquica del fraile-escritor

EL FRAILE — ¿Qué sentirá la monja en su cuerpo y en su alma?
(Ejercicio piadoso monástico.)

En la *Introducción* del libro, Valencina presenta una carta *anónima* de una monja (que escribe como un fraile), en la cual dice que entrega manuscritas «estas páginas que encierran los más íntimos episodios de su vida» inspiradas por el «deseo de obedecerle con perfección» «suplicándole el anónimo».

«De aquel pequeño manus-rito—dice

(1) Análisis del libro *Flores del claustro y arrullos de paloma*, por el M. R. P. Fray Ambrosio de Valencina, provincial de los capuchinos de Andalucía y miembro del Claustro de Doctores de Sevilla.

el autor—saqué algunos de los pensamientos que van en el libro de 265 páginas.

El objeto de la obra lo expresa el mismo fraile en estos términos: «si al repasar estas líneas sientes deseos de mejorar de vida (la mejor vida es la de monja: es frase parda) no tardes en ponerlos por obra, porque tales deseos son semilla de vida eterna que Dios (y no la astucia del fraile) pone en tu corazón.» Traducido al idioma corriente, diríase en esta forma: «lectora, si al leer estas páginas sicalípticas sientes deseos sicalípticos, no tardes en ponerlos por obra...» «La sicalipsis esa te vendrá de Dios y no del diablo del escritor.»

El libro está escrito en forma de autobiografía; en él no hay de la monja anónima más que *algunos pensamientos*; los demás son del fraile, entradito ya en años, barbudo como capuchino y pícaro como un confesor de monjas. En uno de los capítulos veremos el retrato que de sí mismo hace ese Adonis, enamorado de sí mismo, atribuyéndolo a la monja de su invención: chuscada inverosímil en que no he visto caer más que a un obispo de Osma, quien me remitía de su puño y letra los grandes bombos dados a su personaja para publicarlos en el periódico (1).

Los pensamientos son del fraile; pero cada pensamiento responde a una idea, y cada idea a una sensación adecuada. Y ahí tenemos al reverendo Provincial, en una situación psíquica que frisa en lo cómico ó en lo grotesco, a saber:

Si comenta los pensamientos de la monja, entretejiéndolos con otros suyos de modo que no se note el cosido, el fraile necesita contemplar en su fantasía la monja, desnuda de cuerpo y de alma, observando sus menores movimientos. Los estremecimientos fisiológicos que relata, son los más íntimos de la mujer; y ante esta visión no hay que pedirle al *veedor* que nos diga lo que él siente en su organismo, al cual la mística-parda llama equivocadamente *alma ó cuerpo*, según que le convenga para disfrazar el erotismo carnal.

El P. Valencina hase pasado la vida en estas visiones que nos deja descritas realísimamente, mereciendo el dictado de «Amancio Peratoner monástico». ¡Cómo estará el buen Padre después de tales ejercicios *contemplativos*, en continua cópula cerebral con la lujuriosa monja en celos!

Si no hay tal autora, el escritor que ha de fingir la autobiografía de una mujer, necesita transformar su sexo, esforzándose por saber sentirse mujer, transportando sus órganos, buscando la diferencia sensitiva de las impresiones sexuales y tratando de adivinar la fenomenología íntima de la mujer en las varias situaciones en que ha de presentarla. Es decir; ha de verificar la inversión del sexo.

(1) Véase en el capítulo intitulado *El cirineo del Esposo celestial*.

Los muchos libros publicados por Valencina sobre propósitos parecidos, prueban su *habitud* en estas transformaciones.

Y ahora dígame el lector: ¿qué le parece del espectáculo ofrecido por un Provincial de luengas barbas, disfrazándose en sí mismo de niña, de mocita y de mujer, vistiéndose y desnudándose, excitando en su sensibilidad las sensaciones de mujer, de joven y de niña en las materias amorosas, desde las *bacanales* del lodazal del vicio, hasta los arrobamientos del amor místico?

En este ejercicio psíquico ha debido pasar años enteros con sus días y con sus noches el grave Provincial, el cual, mejor servicio que el de describir las intimidades ajenas, prestaría a la moral y a las letras describiendo esa su anómala intimidad.

El hecho es que en el libro va a hablar una joven por boca de fraile reverendísimo, ó un viejo fraile metido en el cuerpo de una niña.

El hecho óptico y fonético sería ridículo y de dudosa estética dramática, viniendo a ser una mamarrachada; pero hay el *hecho moral social*, que es grave de toda gravedad.

Disfrazado de mujer y de niña de doce años, el viejo fraile se introduce en el seno de la familia, penetra en la alcoba de la jovencita y se acuesta con ella cuchicheándole cosas de amor, escenas de amor, hogueras de amor voluptuoso, roturas de túnica, pérdidas de virginidad, abrazos, besos, latidos, suspiros, juramentos, ahogos, éxtasis... la escala toda de la sensualidad... Y allí está el sátiro abrazado por la niña en el libro, contemplado por ella en su fantasía, oyéndole hablar en el escrito, *sintiendo* su contacto y su aliento... y la niña se ruboriza, y late, y se exalta y tiene dudas, y descifra enigmas y «pone en obra los deseos» surgidos de la lectura.

¡Cuántas jóvenes se estarán acostando cada día con el fraile Valencina, sintiendo en sus rostros el roce de las barbas capuchinas, hasta que el cansancio cierre sus ojos para abrirlos al ensueño, realizando cumplidamente aquellos deseos!...

¡Oh, padres! Entendedlo: vuestras hijas duermen con el fraile. No lo tienen al lado: lo tienen peor, lo tienen dentro... El fraile vive en ellas: mueve sus palpitaciones, produce sus suspiros, estremece sus nervios, crea sus ensueños... ¡Os las roba! Os las prostituye...

El fraile en el libro... el libro en manos de vuestras hijas en la cama... Vosotros veis el libro, pero ella ve al fraile...

Sorprendedla en su lectura y la veréis pasando de erotismo en erotismo y de sensación en sensación, a compás de la lectura... Interrogadla, examinad la página causa de su emoción, y allí veréis al fraile hurgando el organismo de vuestra hija...

Estas emociones necesitan una de-

mostración palpable. La voy a dar perfecta; mayor que la que puede prometerse el lector. Valencina quedará asustado de ver descarnada su obra y de verse disfrazado ante el público.

Si él pudiera deshacer los estragos que ha causado y reparar los daños, podría merecer el perdón; pero esto es imposible y es preciso hacer un escarmiento de frailes.

Padres que tenéis hijas: leed y veréis la *mística* que el bendito fraile les enseña...

Todo su trabajo lo ha dedicado a la *caza de monjas* y al retenimiento de las enclaustradas. Ha adoptado el lenguaje y estilo del perverso jesuita en sus pláticas a *mujeres solas*, en que los santos del altar están coreando silenciosamente el «palpalá», cuando las circunstancias del público no consienten los *tactos mamilares* y otros más íntimos aún, con que los Padres moralizadores enseñan a sus devotas el modo de conocer cuando están muertas realmente las pasiones de la carne, al ser insensibles a todo estímulo práctico.

Este *palpaléo* místico continuo se *palpa* en los libros de Valencina, que parecen obedecer única y exclusivamente a buscar un arte de libros para despertar, torturar y corromper el erotismo en la mujer, envolviendo la pornografía en la envoltura mística, que salve los escritos del alcance del Código Penal, y que pueda penetrar la alcoba de la doncella en donde puedan morar, místicamente abrazados y entregados a continua lujuria el fraile y la lectora, en reciprocidad de sensaciones y alientos.

Sirva esto de introducción a nuestro análisis, y veamos desde luego la manera de infiltrarse el fraile en el alma de la joven.

La pubertad de la doncella

Sant Eloy,
quan era petit,
er un noy;
y ara qu'es gran,
jes un sarri!

Hago gracia al lector del capítulo anodino en que el fraile explica la infancia y niñez de su protagonista: del dedicado a la pubertad, debo dar alguna indicación.

No perdamos de vista que es un fraile barbudo provincial el que se siente *niña de doce años*, y habla con tan monstruoso contubernio y trastueque a otras niñas de su edad. ¡Una niña de doce años, con la astucia, experiencia y malicia de un provincial capuchino, es algo monstruoso!... ¡Es algo brujesco!... Su lenguaje taimado y repulido, nos recuerda la resquebrajada voz de un viejo, remediando la atiplada voz de la niña.

Parece que no dice nada y lo dice todo. El fraile sabe que las niñas de doce años traducen perfectamente a su *situación particular* los términos generales y ambiguos; que la menor insinuación en estas materias les inunda de ru-

bor el rostro y excita en su cuerpo sensibilísimo los más violentos trastornos.

De paso hagamos notar la falsedad de la situación en que pone á la niña, temerosa de dejarlo de ser, y la contradicción que le crea al suponerla ignorante de los azares de la juventud y preveyéndolos con espanto. La *inocencia* infantil tiene como carácter esencial el que ignora su propio valor: es inconsciente. La niña barbuda capuchina, lo sabe todo.

¡Y ahí tienen á la inocente de ayer, entregada de repente á las *malas pasiones*, hacia el abismo, perdiendo la flor que no habrá de recobrar ya más...!

¡Adiós, virgen! Inútil es que busques la virginidad en el claustro; serás virgen por fuera; por dentro... ¡serás la hipócrita, la fingidora de un tesoro convencional que no tienes!

Pero ahí tienes el *fraile* dispuesto á hacer la sutura de la virginidad rota, para engañar al mundo: la flor del azahar monacal servirá para decir al mundo que la novia está intacta: sólo el *sastre* fraile que ha hecho la sutura conocerá tu comedia y garantizará tu integridad... Aquí tenemos la primera inmoralidad: la *suposición* de una virginidad que no existe.

La pseudo inspiradora de tras cortina nos promete grandes cosas. La monja presunta nos dice por la pluma del barbudo Provincial: «Si fuera solamente apuro y confusión, menos mal; pero ¡ay! que también el pesar, la tristeza y el remordimiento brotan en el fondo de mi alma al escribir esta primera página dedicada á los días de mi niñez... Padre de mi alma—dice la presunta monja al barbudo viejo real—¿por qué me hace recordar lo que yo quisiera tener sepultado en el olvido?»

Claro: el Provincial se propone contar una serie de escenas pornográficas capaces de hacer ruborizar á una viuda de cuartas nupcias. Y va á hacerlo contar á ella misma, y no al secreto oído del confesor, sino al público de la plaza nacional. Este acto de supuesta desenvoltura necesitaba una excusa: la monja dramática se ruboriza, como ingénua de escenario á las órdenes del autor.

«¿Por qué me manda—le pregunta la monja, forzada á levantar el velo de su historia, de su cuerpo y de su alma ante el público—por qué me manda poner aquí lo que no podré escribir sin manchar el papel con ardientes lágrimas?»

He aquí resuelto el problema moral; ella puede pasar á describir los más recónditos secretos de su sér, adiestrando en ellos á las inexpertas jóvenes, por hacerlo en virtud de *santa obediencia*.

Ya lo saben las jóvenes aspirantes: el *director espiritual* puede mandarlas transcribir al papel lo que la mujer pudorosa no recuerda sin ruborizarse; esas cosas que se sienten y se ocultan, que se hacen y no se dicen, se habrán de explicar al papel para que los frailes lo publiquen cuando se les antoje... para

que los Padres puedan saborearlo en sus siestas.

Pintándole la cigüeña

Vente conmigo y no temas
estos lugares dejari;
que la que aquí es prima donna,
reina en mi casa será...

(FRAY TENOR.—En el Duo de la Africana.)

Y ahora cedamos la palabra á la monja barbuda, copiando enterito el capítulo IV. Para hacer resaltar el valor erótico de la letra, me limito á desbrozar los pirrafos de la broza místico-bribónica que el fraile intercala como marca religiosa para disfrazar la mercancía. Estas frases irán al pie á guisa de notas.

Con esta sencillísima operación, vea el lector el refinado erotismo del fondo y de la forma.

«Contaba yo apenas diecisiete abriles, cuando llena de ilusiones y de esperanzas corría en pos de los placeres | olvidada de ti. | Rota tenía ya la túnica de la inocencia y manchado el traje; | no era digna ya de que tú | me mirases; y cuando sólo tenía derecho á esperar tu castigo, fijaste en mí tus ojos y me hablaste al corazón estas palabras: | «olvidalo todo, abandónalo todo y dame tu corazón.» |

¡Cuán dolorosa fué para mí esta voz, la primera vez que resonó en mi alma! Yo no sabía que me tenías preparado | el velo, insignia de tus esposas. Yo había crecido en el erial del mundo, como árbol plantado en tierra inculta, y me resistía á ser arrancada y trasplantada á uno de tus más deliciosos jardines. Yo, á manera de oveja errante, corría alegre de pradera en pradera y me alejaba de ti | buscando sabrosos pastos: oí tus silbos amorosos, y, ¡oh cuánto me costó trepar montes y breñas, burlar la astucia del lobo que me acechaba y llegar á tu redil! ¡Cuánto me costó! Qué sacrificio, qué holocausto tuve que hacer entonces de mí misma!

Pero, al eco de tu voz | el mundo se convirtió para mí en un desierto, en un páramo inhabitable, cuyo ambiente me asfixiaba. ¿De qué servía que me engalanaran á la fuerza y me llevaran, como arrastrando, á saraos, diversiones y festines? Una sonrisa despreciativa y desdenosa se escapaba de mis labios en medio del bullicio y en mitad de los paseos; porque el mundo tenía para mi alma el aspecto de un inmenso cementerio, en el que cada traje no era más que un sepulcro blanqueado, lleno por dentro de inmundicias y gusanos roedores.

Tú empezaste á ser entonces | mi amor, mi vida, mi gloria, mi todo; y yo no suspiraba más que por el momento en que tú, cortando los lazos | que me aprisionaban | me hicieras batir las alas, remontar el vuelo y, cual paloma enamorada, poner mi nido | donde olvidada y desprendida de todo viviera para ti únicamente.

Yo iba contando uno á uno los días que me separaban de tan anhelado instante; ya creía ver cerca el momento de abandonar la casa paterna | mas, ¡oh dolor! me aprisionaron, y me dijeron, que en tres años no tendría libertad. Entonces comprendí que antes mis mejillas | habían de ser purificadas con

lágrimas ardientes que las abrasaran, como abrasados y purificados fueron los labios de Isaias antes de hablar contigo.

¡Tres años! repetía yo con indecible pena, viendo como en doloroso bosquejo, todos los tormentos que á mi enamorado corazón le aguardaban, si quería ser te fiel. ¡Tres años! y reconcentrando todas mis fuerzas dentro de mí misma, y herida de dolor, hablando contigo, exclamé: ¡Yo lucharé! ¡yo sufriré! ¡yo venceré todos los obstáculos que se oponen | y pasados tres años, volaré á tus brazos loca de amor y de alegría.

Y rodaron unos tras otros muchísimos meses por la pendiente resbaladiza del tiempo; y en esos meses, ¡cuántos raudales de lágrimas derramaron mis ojos! ¡Cuántos arroyos de llanto surcaron mis mejillas, sin hallar mano amiga que las enjugara!

Dos años viví, sostenida interiormente y sufriendo en silencio una de esas luchas horribles que martirizan el alma y destrozan el corazón, dejándolo sin vida en la primavera de la juventud; y en todo ese tiempo no hubo sér que de mí se compadeciera. Yo estaba sola en medio de los míos, y nadie veía el martirio de mi alma; nadie veía las lágrimas que silenciosas resbalaban por mis mejillas; nadie oía los suspiros y gemidos que en el silencio de la noche brotaban de mi corazón, el cual se veía, como frágil barquilla sin velas ni remos, en medio de un mar tempestuoso, en densa y lóbrega noche.

Llegó por fin el día de mi deseada libertad, y en él brotaron de mis labios aquellas palabras que tú habías tanto tiempo esperado, ¡tuya, ó la muerte! Sí: así había de ser! ¡Yo tenía que ser tuya! A pesar del mundo entero, á pesar del infierno, yo tenía que ser tuya! Mas ¡ay! que para serlo tuve que exprimir mi corazón y sepultar en el olvido lo que tú y mi Padre sólo saben: y todo lo hice sin humano consuelo en tan doloroso sacrificio; sin humana ayuda en tan amarga pena; sola contigo siempre! ¡Ay! ¡Bendita soledad, benditas penas, bendito sacrificio, que tantos bienes me ha traído!

Premio de tanto padecer fué la voz de mi amado que resonó en el fondo de mi alma, diciéndome como á la afortunada esposa de los Cantares: «Pasó el invierno; cesó la lluvia; aparecen las primeras flores, y se oye el gemido de la tórtola, arrullando en el bosque. Levántate, pues, amiga mía, y ven; salgamos al campo y moremos en el valle misterioso del Paraíso.» Y á esta voz se desvanecieron aquellas sombras, aquellas nubes que obscurecían el horizonte de mi alma; y apareció para mí el claro día, el dorado sol.

A la furiosa tempestad había sucedido la más deliciosa bonanza, y mi alegría no tenía límites, como no lo habían tenido mis penas; porque él había hablado á mi alma con ese lenguaje misterioso, y me había dicho que muy pronto iba á ser suya para siempre, dándole al mundo mi último adiós y realizando así todos mis ensueños de felicidad. ¿Qué más podía ambicionar? ¿Qué más podía apetecer? A las lágrimas, que por tanto tiempo habían surcado mis mejillas, sucedió la sonrisa en los labios, la calma y alegría en el corazón; y alegre cantaba mis amores, como

canta el pájaro en primavera, contemplando su nido.

Vanidades y.—Del mundo.—¡Oh Jesús mío! —De la virtud.—¡Oh Redentor mío!—«No has nacido para este mundo que ves.

¡Abandonar el mundo? ¡Qué amargo era esto para mí.—Desde la eternidad.—Pastor divino.—Redil.—Divina.—¡Oh Dios mío!—De carne y sang e.—En el mundo.—En solitaria clausura.—Lo terreno.—Y vestir el hábito que tanto ansiaba.—Fuesen cubiertas por la blanca y purísima toca.—Ya que así lo quieres.—A que á ti me consagre.—¡Jesús mío!

Comentario

¿Qué valor tiene la palabra *placeres del mundo* para una jovencita de catorce á dieciséis años? Hélo preguntado á varias señoras y señoritas discretas; el resumen de sus informes es que cada una entiende lo que ella ha *experimentado*. Pero cualquiera que sea el grado de experiencia del que llamaremos vicio por causa de la edad y por la forma de producirse en la doncellez, ninguna niña de ocho años se cree estar libre de gravísimos pecados en materia sexual, por pervertirlas desde la edad más joven la Iglesia con su doctrina de que tan grave es el pecado de obra como el de palabra y de pensamiento, y por su absurda máxima de que en materias de molicie no hay parvedad de materia. Un *ensueño* lascivo voluntariamente provocado ó aceptado, es *pecado mortal*, dicen los moralistas; y como quiera que la joven no conoce la extensión de los hechos que se le ocultan, ni sabe dónde comienza la gravedad formal teológica que no se le explica, de ahí que siempre y en todo caso se crea culpable.

Empero, una joven levemente iniciada en las cosas sexuales, al tropezar la frase «rota la túnica de la inocencia y manchado el traje de la virtud», sabe desde luego que la pretendida monja se ha desflorado físicamente, y no le cabe duda de que los *placeres*, torbellinos de malas pasiones y abismo de que habla, son actos reprobables y viciosos, vergonzosos de contar: en fin, una ramera.

Digna de singular nota es la manera con que el astuto fraile aconseja á la joven la hipocresía y ocultación de sus propósitos, asistiendo á *saraos* con el corazón en el convento. Y en esas diversiones hablaría y oiría hablar de amor para mejor velar sus proyectos, engañando á los hombres, presentándose como soltera cuando realmente estaba poseída del fraile y con el corazón esclavizado.

Esta es la segunda inmundicia pedagógica: el adiestramiento en la ficción.

A renglón seguido, el fraile aplaude, elogia, aconseja y enseña la rebeldía y fraude de los padres. ¡Ni una confidencia se les hace! Al contrario: se establece la nulidad é innecesidad de su consejo, su ninguna autoridad á intervenir y fiscalizar la pretendida vocación.

Presupuesta la oposición de los pa-

dres (aquí se nota un hueco en la novela, que quizás los frailes hayan suprimido por no alarmar á los padres y tutores de menores), el fraile instruye á la lectora seducida en el arte de burlar la intromisión paterna. Asiste á bailes y saraos como una de tantas; pero su objeto es *pasar tiempo* y llegar á la mayor edad. Y ahí describe la tensión de la enamorada que espera el plazo, procurando distraerse de la realidad y entregándose á los ensueños de su erotismo reprimido. Tercera inmundicia: la hipocresía.

Confróntese el lenguaje del fraile seductor con este párrafo de la angelical María Bashkirtseff:

«Yo busco, yo hallo, yo invento un hombre. Y yo vivo y juro por él. Yo le hago intervenir todas mis cosas. Y después, cuando él está bien metido dentro de mí sesó abierto á todos los aires, yo siento enojos y tristeza y lágrimas...»

El fraile ha enseñado á la niña, sin ésta darse cuenta, á *inventarse un hombre* á medida total de su gusto; se lo mete en la cabeza; le excita su *presencia continua* á todas horas y en todos los actos de la vida; lo ve enfadarse y alegrarse; acariciarla ó reprenderla; abrazarla lleno de amor ó rechazarla furioso... «Lo que se cree es lo único que se siente y lo único que existe para el creyente.» He aquí la gran realidad cerebral del *hombre* inventado por el fraile y metido en la cabeza de la chiquilla abierta á todos los vientos.

¿Qué falta le hace á la joven la vida monástica, para poseer y gozar ese *su hombre* cerebral, que, siendo Dios, está en todas partes de igual modo? Ese fué el antiguo monasticismo. Cada monja llevaba dentro de sí su amor; ¿para qué ir á buscarlo fuera?

Sin duda; mas ¿qué sacaría el fraile de despertar estos amores ideales, si no había de poder gozarlos él suplantando en lo físico al *amante espiritual* y divino?

He aquí la diatriba del fraile: hacer imaginar á la joven ya enamorada, que el dulcineo de sus amores vive encantado en el castillo del convento, á las órdenes de los frailes: allí ha de ir á buscar su Dios-Marido del cual es amante, y para cuyo desencantamiento es preciso que la amante-quijote se dé de azotes y disciplinas y vista saya y no use medias ni pantalones, ni corsés, ni corpiños, y se rape el pelo y se entregue á una vida de andanzas místico-caballerescas, montada en el rocín de la vocación.

Menos puro y menos casto que el de Don Quijote con respecto á Dulcinea vamos á encontrar el lenguaje de la sicálipsis monjil. Con el desbrozamiento de frases ha quedado de manifiesto el lenguaje de *cadete*: son cartas de una novia de soldado á su militar. No es el sublime amor normal de Georges Sand, ni el apasionadísimo y tempestuoso de Eloisa, ni el místico-ascético de Santa Teresa; no llega á ninguna sublimidad.

«Siempre tuya, ¡siempre mío!, lágrimas, suspiros, ensueños... Salgamos al campo, paloma, enamorada... en fin: la reproducción literal de *El Puñao de Rosas*:

EL FRAILE

Pues oye, mi paloma, yo tengo allá en Triana en medio de los campos una casita blanca...

LA MONJA

Calla, por Dios, fraile mío, calla, que me vuelves loca, que ya me están trastornando las palabras de tu boca...

S. PEY ORDEIX

(Continuará.)

Los tiempos de fe

Alrededor de la idea y los sentimientos religiosos giraban en la Edad Media todas las ideas y los sentimientos; y así como para quemar y dar otros tormentos se invocaba siempre algo divino, así no extrañaría yo que los más criminales amantes, si entonces los hubo, se acariciasen diciendo:

El.—Te amo con frenesí, bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento.

Ella.—No gritéis, que mi esposo puede oíros. ¡Viva la transverberación de María!

El.—¡Tu esposo! ¡El que me roba la dicha de poseerte, *Kyrieleyon*! ¿Y no ha de perecer?

Ella.—¡Ingrato, cuando vos sois mi único dueño, mi existencia, y sólo vivo en vos *et cum spiritu tuo*!

Y en el arrebató de la pasión, serían muy capaces de entonar á dúo el *Tantum ergo* ó el *Salutaris*, ú otra cosilla eclesiástica, para rendir el debido tributo á las sanas creencias.

¡Y vaya si lo serían!

ROBERTO ROBERT

Riámonos

Cincuenta dureses ha dado el arzobispo de Sevilla para la Exposición obrera. ¿Quién duda ya del éxito de ese certámen? ¡Cincuenta duros, el sueldo y gajes de tres cuartas partes de un día! ¡Y la fama de espléndido que ganará el señor obispo! ¡El aumento de popularidad, las bendiciones, jaculatorias y demás eructos ultramontanos! ¡La reverción en creciente de esas 250 pesetas al tesoro episcopal, como sucede con los reclamos, que dan ciento por uno si están bien dirigidos!

¡Ah! Y sobre los cincuenta duros, puede que dé su bendición apostólica. Eso no cuesta un cuarto, pero viste mucho y libra á las Exposiciones de toda exposición. Aún hay tontos, pues hay obispos y quien crea en su evangélico desinterés. Riámonos...

Sable levantado

Hasta las parroquias tienen ya su periodiquito. No se fían ya de Cristo y acuden á Gutenberg.

La de los Santos Justo y Pastor ha lanzado ya el suyo *para luchar contra el laicismo y el socialismo*, á fin de que la religión eche hondas raíces en las almas.

De modo que, por confesión de los propios zaragozanos, las raíces están someras aún. Entonces ¿para qué (aquí una palabra mal oliente) sirven ustedes, señores curas y frailes, si al cabo de tantas siglos no han logrado todavía que las raíces del cristianismo ahonden?

Para dar una idea de cómo pedesciben, véase lo que dicen en el primer número acerca de los acontecimientos que han de señalar la segunda venida de Cristo á la tierra:

«Se apagará el sol, perderán su brillo las estrellas; se alborotará el mar, produciendo ruidos que nunca escucharon los siglos, y se mirarán aterrados los hombres entre el temor y la esperanza. *Prope timore et expectatione.*»

Pero, decid, rocines: después de ocurrir todo eso, ¿para qué va á venir Cristo? ¿Ni á qué luz, una vez apagado el sol, van á mirarse aterrados los hombres?

No he visto el segundo número; en el tercero, advierto que ya han tirado de *sable* y *amagado* una estocada á la bolsa de los fieles en este parrafito:

«La Junta arbitrará los recursos que necesite, principalmente por medio de una suscripción única en la Parroquia, en la cual se procurará que tomen parte gran número de feligreses, con la cuota voluntaria de cinco céntimos, una peseta ó cinco pesetas al mes, á su elección.»

No asamos y ya pringamos; esto es, apenas hemos nacido, y ya hemos empuñado marcialmente la cimitarra para dividir al verbo divino.

Mas no sé por qué lo extraño. En todo lo que se roza con la Iglesia, ocurre igual.

En vez de catolicismo debería llamarse *PAGA NISMO*.

De Filipinas

Querella por violación presentada en el Juzgado de primera instancia de Manila:

«El que suscribe acusa á James Murray del delito de violación, cometido como sigue:

Que en 6 hacia el día 25 de Noviembre de 1909, en la Ciudad de Manila, Islas Filipinas, el referido James Murray, voluntaria, ilegal, criminalmente, con fuerza, violencia é intimidación, yació y tuvo acceso carnal con Victoria Debeco, una mujer menor de doce años de edad, por cuanto que dicho acusado, en los referidos tiempo y lugar, haciendo uso de fuerza y con abuso, agarró, y con ímpetu y violencia y prevaleciéndose de

su fuerza superior, subyugó á la referida Victoria Debeco en el órgano genital y conoció carnalmente á la referida Victoria Debeco mientras estaba así subyugada y sin defensa. Todo con infracción de la Ley.—Fdo. Salvador Zaragoza, Fiscal Auxiliar de la Ciudad de Manila, I. F.»

Supongo que ya mis lectores habrán supuesto que el violador es un cura.

Pues desechen el mal pensamiento.

Es un jesuita.

SUERTE PÓSTUMA

Murió en Sorbes (Zaragoza) un labrador que había tenido el buen gusto de no acercarse en diez y siete años á oler en el kiosco místico el olor á pezuña del respetable ministro del Señor.

Tuvo por conveniente suicidarse, y entonces el *parroquidermo* se cobró la cuenta, negándole sepultura eclesiástica y enterrándole en el campo.

Lo cual que no fué obstáculo para que le hiciera unos funerales, que cobró, por el eterno descanso de su alma.

Envidio la suerte del cadáver ese, pues nada debe de ser tan triste para uno decente, que el de pudrirse entre necios é hipócritas.

Me pone de punta los pocos pelos que ya tengo, el pensar que pudieran venir á cebarse en mí los gusanos que acabaran de banquetear sobre un cura.

¡Qué asco me daría!

Tres eran tres...

El alcalde de Ronda ha atropellado, llevándole á la cárcel, al redactor-jefe de *El Eco de la Serranía*, D. Juan Cardena Beroqui, secundado maravillosamente por el jefe de policía, un tal Fernández Cobalea, y ayudado por el director de *La Democracia*, periódico de aquella ciudad.

Un tiranuelo, un polizonte y un ayudante...

¡Trinidad apreciable!

Caciquismo extra

Un modelo de caciquismo, que reconociendo á todos los pueblos de España donde no se halle tan bien perfeccionado el sistema.

El alcalde de Peligros (Granada) es á la vez médico titular. Como apenas se ocupa de los enfermos, éstos se quejan, pero él no les hace caso, protegido como se encuentra por el diputado conservador.

El secretario del Ayuntamiento, y de paso juez municipal, es hermano del alcalde.

El guarda de las aguas (en el pueblo dicen que si las reparte con su cuenta y razón), es su hermano también.

Y el presidente de la Junta del Censo, es su suegro.

El alcalde, es además boticario, al par que médico, y tiene al frente de la botica al maestro de escuela, que cobra las medicinas á precios exorbitantes.

Excusado es decir los abusos de toda clase que cometerán estos Niños... de Peligros, sobre todo en las elecciones. Se reúnen, proclaman los candidatos ante dos concejales de la cofradía, y ¡ay de los republicanos que penetren en el local! Les sueltan dos guardas de campo que tienen á prevención y los echan á la calle apuntándoles con la carabina.

Protestaron en las últimas bajo su firma ochenta y dos vecinos, y la Comisión aprobó las actas; acudieron al gobernador civil, un Sr. Soler y Casajuana, y fueron igualmente desatendidos.

Una idea.

¿Por qué no se establece en Peligros una Universidad para hacer caciques, como la tenemos en Bolonia para incubar doctores?

Con tales catedráticos en la facultad, saldría de allí cada cacique digno de la horca...

OTRO FUEGUECITO

Como Dios castiga á los malos y premia á los buenos, el día 28 del pasado descargó una horrorosa tormenta en Llerena, haciendo blanco de sus iras al templo de la Concepción, quemándose milagrosamente casi todo el edificio y sufriendo las imágenes varios desperfectos, entre ellas la de uno de los bueyes de San Isidro Labrador, que salió de la chamusquina mogón de un cuerno.

Y la redacción de *EL MOTIN* incombustible como el amianto. Gracias á Dios.

Y ahora que hablo de esto:

Varias veces he pensado que quizás los que incendiaron algunas iglesias en Barcelona, lo hicieron para quitarle trabajo al que tan á menudo envía sobre otras de España el fuego eléctrico, demostrativo de su ira.

El corazón humano es un abismo.

Bibliografía

España en Marruecos, crónica de la guerra del Rif, por Augusto Riera, publicada por la Casa Editorial Maucci.—Un tomo de 416 páginas, 3,50 pesetas.

Es esta obra una relación completa y detallada de las operaciones militares realizadas por el ejército español en el Rif. Contiene datos exactos de las fuerzas que entraron en campaña; enumera y relata una por una las principales funciones de guerra; da las cifras de los combatientes muertos y heridos; describe la topografía de las comarcas donde operaron los soldados españoles, etc., y además, no solamente las figuras de los generales, jefes y oficiales, sino también las de los soldados y clases que más se distinguieron en el curso de la campaña.

La ilustración abundante y precisa, pues la mayoría de los grabados son directos de fotografías tomadas en distintos puntos del Rif; el precioso mapa á cuatro tintas, de gran tamaño y que marca con trozos encarnados las posiciones conquistadas por nuestras tropas y la zona de influencia de España, contribuyen á dar á la obra importancia y amenidad.



SECCION AMENA

EL TIPO DE IGLESIA

Allá por los tiempos en que yo hacía vida estudiantil y pupilaresca tuve por compañero de hospedaje á un tal don Fortunato, cantante de no sé qué capilla religiosa musical.

Nunca tuve la fea curiosidad de oír sus habilidades artísticas cuando actuaba en los coros de las iglesias; pero en cambio en casa y á pretexto de ensayar, nos daba cada lata con sus *ofertorios*, *pange linguas*, *motetes*, etc.), que nos volvía locos.

—Oiga usted, le dije un día á la patrona. ¿Quién es ese caballero que se arranca á todas horas por jipios de doncella menesterosa y no nos deja ni estudiar?

—¿Quién ha de ser? Don Fortunato, un señor que canta en las iglesias. Es de los que hacen la voz de mujer; de esos que dicen si están ó no están... si les falta ó no les falta... ¿me entiende usted? que son... y añadió una palabra que no puede reproducirse impresa. —Por lo demás, es muy servicial y muy mañoso. Los días que no tiene ensayos me ayuda á lavar la ropa, á fregar los cacharros y á otra porción de cosas. Es una alhaja para la casa. Yo quise que contrajese matrimonio con una sobrina mía, que es toda una real moza, aunque le sudan mucho los pies.

—Y él ¿qué dijo á eso?

—Que el matrimonio le distraería del arte de la religión; que desea permanecer soltero para dedicarse á la música y á la práctica de las doctrinas que le enseñaron en... ¿cómo se llama ese pueblo? Es allá por tierra de la montaña.

—¿Acaso Corbán?

—Una cosa así.

—¡Hum!

En este diálogo estábamos cuando se presentó el aludido, y encarándose con la patrona, le dijo:

—Señora Nicolasa: ¿Quiere usted hacerme por favor una taza de tila?

—¿Está usted malo? le preguntó cariñosamente la pupilera.

—Ay ¡callé usted por Dios! ¿Qué cosas pasan en este mundo! Usted sabe que, como la impiedad cunde tanto, las funciones solemnes escasean y las capillas son poco solicitadas, por lo cual me he tenido que amparar del teatro buscando una plaza de corista. Pues bien; ¿sabe usted lo que acaba de proponerme una de las figurantas? ¿Qué horror, señora Nicolasa! Nada menos que... ¡vergüenza me da decirlo!... que la acompañase á su casa. ¿Cómo está la sociedad! ¿Qué diría si lo supiese el P. Anselmo, mi profesor de canto llano? ¡Figúrese usted lo que diría el buen señor! Así se pierden las almas; así es como la honestidad peligra con las relaciones que se adquieren en el teatro. Conque hágame usted el favor de esa tila, que esta noche tenemos que cantar *Los Hugonotes*, mañana tengo que tomar parte en una misa á cuatro voces que ha compuesto un señor sacerdote de Cuenca, y por la tarde estoy contratado para cantar en una

boda. Así es el mundo, señora Nicolasa. Hay que hacer de tiple, de tenor, de bajo y hasta de indecente. ¡Y todavía en las hermandades nos dicen que no servimos para nada!

—Tiene usted razón, exclamé retirándome á mi gabinete, porque sentía así como deseos de arrimar un puntapié á aquel tipo ridículo y asqueroso.

J.

Devoción

UNA CARTA

«Querido Joaquín: mañana da principio la novena de la Virgen del Rosario; no dejes de ir á la iglesia. Voy con mi mamá. Ya sabes el sitio... junto á la puerta de la sagrada capilla donde á San Juan se venera. Mirame mucho, ¿lo entiendes? ¡Ay de ti si no lo hicieras! Ponte en sitio donde yo mirarte á mi gusto pueda. No faltes, porque si faltas voy á morirme de pena... ¡Ingrato!... ¡Cuánto te quiero!... Tuya siempre, *Micaela*.»

OTRA CARTA

«Queridísimo Eduardo: mañana á las once y media voy á misa; mi marido me acompaña hasta la puerta del templo; luego se irá á negociar unas letras, y después vendrá por mí, según su costumbre. Deja todas tus ocupaciones, pues quiere verte, tu *Adela*.
Postdata: No te descuides. Vete á las once, y espera junto á la pila del agua bendita; cuando me veas, acércate sin recelo, porque es fácil que yo pueda decirte entonces la hora en que mi esposo está fuera de casa; tengo entendido que mañana se celebra una reunión de banqueros... tendrá que asistir á ella... ¡Ah! Si esto es cierto, ¡qué tarde tan dichosa nos espera!...»

DIÁLOGO ENTRE BEATAS

—Fíjese usted en la de Gómez, fíjese usted, que ahora entra.
—Ya la veo. —¿Se ha fijado en el vestido que lleva?
—Jesús, que cursi! —¿Qué tonta!
—No he visto mujer más necia en los días de mi vida.
—Tiene humos de marquesa...

Allá va pisando fuerte...

¡Eche usted *prosopopeya*!

—No tenía tanto orgullo hace un año la gran puerca.

—Déjela usted, que el ministro llegará á cansarse de ella y le dará un puntapié

en el... *Dios te salve reina*

y madre... —Hará lo que debe...

Padre nuestro... —La tontuela

se ha figurado que siempre...

Desterrados hijos de Eva...

—¡Qué ilusiones tan absurdas!

Perdónanos nuestras deudas...

REFLEXIÓN DE UN RATERO

—¡Rediós, qué apuro!... Si no llego á colarme en la iglesia, me echa mano el señorito y me atiza la gran felpa, y después voy á la cárcel... ¡Rediós!... ¡Vaya una manera de correr!... Pero es lo cierto que el reloj vale la pena... Rezaré un poco y después me saldré por la otra puerta, iré á buscar al *Pintao*, y esta noche... ¡la gran juerga!

REFLEXIÓN DE UN BEATO

Este rinconcito es el más fresco de la iglesia, y también el más oscuro... Aquí nadie me molesta... aquí no hay moscas ni chinches... ¡Vaya, no hay que darle vueltas! Lo que es el templo en verano es una cosa muy buena... ¡Aaaaah!... La boca se me abre y los párpados se cierran... Voy á echar un sueñecito recostado en la banqueta.

T. C.

Había un presbítero que era devotísimo de Baco.

Sabiéndolo el obispo mandóle llamar, y para avergonzarle, preguntóle cuánto lo vio:

—¿Cuál es el mejor bocadillo para beber una azumbre?

A lo que el *pater*, conociendo la intención del obispo, contestó sin vacilar:

—Sepa su ilustrísima que, para sorberse una cántara, basta con la cabeza de una sardina.

Un alleano va á confesarso.

Arrodillado ante el sacerdote, empieza á hacer la señal de la cruz, y termina su rezo diciendo:

—Padre, Espíritu Santo, amén.

—¿Y el hijo? —le pregunta el confesor.

—Bueno, gracias; lo he dejado en casa.

—Pues, sí, Luisito—decía un padre á su chiquitín;—mamá va á traer de París un nene y además un ama.

—Y esa ¿para qué?

—¡Toma! para que le dé de mamar al niño.

—De modo que el señor capellán que vive al lado mama siempre.

—¿Por qué lo preguntas?

—¡Como siempre tiene ama!...



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

EN BECHÍ

no, tuvieron que ir á derribar las murallas.

Toda la noche duró la pesada tarea. Golpes sin compasión caían sobre aquel que vencido por la debilidad y el cansancio se detenía un instante, y al amanecer estaban ya por el suelo aquellas murallas que, los mismos saguntinos levantaron para su defensa.

Cucala, ávido como siempre de recoger dinero, cobró al vecindario *cuatro trimestres de contribución*, amenazando con fusilar á todo el que no satisficiera aquel tributo al bandidaje.

Ya tenía cuanto deseaba: dinero para su rapacidad insaciable, sangre derramada por adelantado y la que pensaba derramar, pues tenía en su poder muchos prisioneros. ¿Combatir?... No. Sólo los soldados, los hombres honrados que abrazan una causa por entusiasmo, se baten y dan su sangre. Los bandidos únicamente saben robar, asesinar y echar luego á correr.

Por esto Cucala, apenas vió las avanzadas de la brigada Gólfín, echó á correr. Estaba en la mesa cuando supo que los liberales se aproximaban, y montó á caballo abandonando el almuerzo.

Su gente salió á la desbandada; todos aquellos asesinos borrachos pusieron pies en polvorosa, huyendo sin orden ni concierto, siendo tal su miedo que, á pesar de ser ladrones de arraigada vocación, abandonaron gran parte del botín. Con la gente que juntó durante la fuga fué Cucala á Gilet, á donde con anticipación había enviado los rehenes y prisioneros.

Para apreciar lo que los carlistas robaron en Sagunto, baste decir, que en su huida abandonaron dos acémilas cargadas de plata, y en el molino de Gilet un gran saco de dinero.

Cucala se llevó de Sagunto 40 personas; 23 contribuyentes en rehenes para el pago del resto de la contribución que había impuesto, procedimiento de secuestradores, y 17 voluntarios liberales.

Su suerte estaba ya echada. En Gilet quiso Cucala fusilarlos, y lo hubiera hecho á no ser porque el jefe de los carlistas de dicho pueblo protestó de tal crimen. Cucala, discutiendo con él, le dijo que él sólo reconocía como carlista al que deseara beberse la sangre de todos los liberales.

Ladrones, asesinos, incendiarios, lujuriosos, borrachos y cobardes, los carlistas que entraron en Sagunto no desmintieron el juicio que España ha formado de los genuínos defensores de la religión.

El 23 de Diciembre de 1873 llegó Cucala á Vall de Uxó con los voluntarios liberales prisioneros en Sagunto y los contribuyentes secuestrados. El 24 salió para Onda, pero al llegar al *Pla de los Garroferes*, donde está la pequeña aldea de Bechí, se detuvo, y avanzó hacia los prisioneros al frente de los bandidos que le acompañaban.

Mandó que se colocasen á un lado los contribuyentes de Sagunto y al otro los voluntarios, y hecha esta separación, volvióse hacia los últimos y les dijo:

—*El que vullga confesió que la demane.*

Momento supremo. Los contribuyentes y los voluntarios, separados en dos grupos, miráronse asombrados, atónitos; sabían que Cucala era un asesino, pero jamás creyeron que con tanta frialdad pudiera disponer de sus vidas. Preguntábase si habrían oído mal, pero la actitud de Cucala no daba lugar á dudas. Con más frialdad aún, como quien dice la cosa más natural, añadió:

—*Ya lo sabeu. Vos vaig á f... El que vu lga confesió que la demane.*

No había que dudar; iban á ser fusilados; un pelotón de carlistas preparaba ya las armas para hacerles fuego.

Uno de los voluntarios, hombre animoso, quiso interceder por sus compañeros, y se levantó. No había momento que perder, pues el cura de Cucala, que iba con sable, revólver y capa blanca como el cabecilla, se aproximaba ya hipócritamente al grupo de los prisioneros, preguntando áspera y despreciativamente si alguno quería confesarse.

El voluntario se acercó á Cucala y comenzó á hablarle, haciéndole ver que era infame fusilar hombres honrados sin formación de causa ni el menor simulacro de justicia, únicamente por ser liberales. A las pocas palabras se detuvo asombrado: acababa de sonar á su espalda una descarga cerrada.

Volvió la cabeza, y vió á sus infelices compañeros en el suelo, revolcándose en un gran charco de sangre y lanzando ayes de agonía.

El grupo de contribuyentes secuestrados estaba á pocos pasos de las víctimas, y presencié el horroroso cuadro. Algunos, pálidos de terror, volvieron la cabeza, y los carlistas les gritaron que mirasen á los caídos, pues de lo contrario sufrirían igual suerte. Uno iba á desmayarse, cuando un defensor de la religión, al ver que perdía el color y sus piernas flaqueaban, le atravesó el brazo de un bayonetazo para que se fijara en la ejecución.

Los voluntarios yacían en el suelo, cadáveres los unos, mortalmente heri-

dos los otros. El uno se despedía con lastimera voz de su esposa y sus hijos, el otro consagraba á sus pobres padres las últimas lágrimas de dolor, y todos morían maldiciendo al infame que presenciaba impasible escena tan horripilante.

Por fin, cansado de oír sus lamentos, Cucala se volvió á su gente diciéndola:

—*¡Acabeu á estos pillos!*

Y uniendo la acción á la palabra, espoleó su caballo y pasó por encima de sus cuerpos ensangrentados.

Todas las fuerzas de infantería y caballería le imitaron; las herraduras de los caballos y las alpargatas de aquellos bárbaros se hundían en los cuerpos palpitantes, triturando los destrozados miembros.

Tres veces pasó toda la partida por encima de aquel montón de cadáveres, convirtiéndolo en amasijo de carne y sangre. Los granujas del *requeté* celebraban la diversión con grandes risotadas, y las lanzas y las bayonetas se hundían en el montón de carne destrozada; algunos jugaban á la pelota con los miembros.

El voluntario, que logró escapar porque Cucala ya no se acordó de él, y que se llamaba José Moros, se escondió, y de allí á largo rato, no viendo facciosos por ninguna parte, volvió al sitio de la carnicería, donde le encontró estupefacto el alcalde de Bechí.

Cuando el alcalde supo quién era Moros, pidió que le ayudase á identificar los cadáveres; mas no le fué posible conocer á todos en el primer momento; se habían cebado de tal manera en ellos, que había muchas cabezas separadas de sus troncos y muchos cuerpos de que era imposible encontrar los restos.

He aquí los nombres de aquellas víctimas: Ramón García Estopiñá, José Baquero Lluesma, Ignacio Rangel García, Bautista Sansano Palanca, Antonio Alcázar Abril, Vicente Mateu Antonino, Castor Muñoz Gómez, Baltasar Masía Lluesma, Vicente Gómez Roca, Ramón Vicent Andreu, José Martínez Beltrán, Andrés Vitoria Rius, José Alexandre Ferrer, José Maties García, Ramón Gascó Mora, el Carabinero, natural de Algar. ¡Entre los muertos había un niño de catorce años!

El cura que acompañaba á Cucala se llamaba Fernando Rodríguez Blasco, reside en Francia, y todos los veranos visita á Nava's, su pueblo natal. En los asesinatos de Bechí alentó á su jefe para que rematase sin compasión á los *negros*.

A los contribuyentes secuestrados les

(Continuará.)

(FOLLETÓN 46.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

mejanza de los señores del reino, llaman calumnias.

Por desdicha, en lo que toca á esos excesos, como en lo que igualmente atañe á los demás mundialmente atribuidos á los españoles, y por los que se cree que éstos han perdido su antiguo poder y jerarquía nacionales, están mucho más en lo cierto los que afirman su verdad y realidad que los que las niegan. Sólo que los extranjeros pueden conocer esa verdad y esa realidad, mientras que á la mayor parte de aquellos naturales, merced á su régimen tradicional de «con la Inquisición, chitón», les son desconocidas; á lo cual no deja de contribuir la general escasez de ilustración que se advierte en aquella monarquía en todas partes, esto es, en todas las clases ó capas sociales; pues como allí, cuando los conocimientos históricos y científicos, que son los que más escasean, tienen amplitud, carecen de profundidad, las comparaciones que los escritores del país suelen hacer, son atropelladas é incompletas, y por esto les salen con frecuencia en favor propio.

Los españoles, por ejemplo, hablan de la época francesa del «terror» como de una cosa de que afortunadamente ellos no son capaces. Pero no piensan en que el terror revolucionario duró cosa de un par de años y salvó á Francia, sobre la que por todas partes caían ejércitos enemigos, mientras que en la monarquía española hay el terror carlista, siempre amenazante al cabo de cerca de un siglo, que ha imperado varias veces y por largos años, ya en éstos ya en aquéllos territorios del reino, que no ha resuelto ni salvado nada, y que, al contrario, tanto ha contribuido á la perdición de aquel país.

No parece, sin embargo, que los españoles se hayan percatado de lo que esto puede suponer ó significar en su psicología nacional; porque el carlismo es política y dinásticamente legitimismo; legitimismo ha habido en otros países, como Inglaterra, Francia y Portugal; y en todos ellos ha pasado como un soplo, y en ninguno se ha manifestado con la crueldad con que en España ha horroriza-

do al mundo entero, y sigue dispuesto á horrorizarlo.

Ahora bien, un partido ó facción así, no puede durar en ninguna parte arriba de unos cuantos años, cuando sus excesos característicos disuaden radicalmente de la manera de ser y de pensar de los contrarios. De modo que si en España perdura, es de sospechar que sea porque allí los liberales más condenen los procedimientos del carlismo por ser los del enemigo, que porque en lo íntimo de su ser les parezcan tan bárbaros como son. Y efectivamente, el español viene de atrás enseñado y acostumbrado á mostrarse poco menos que insensible al derramamiento de sangre, á los tratamientos crueles, á los atropellos policiacos y á toda violencia análoga. Y al extranjero le es imposible adivinar en hombres muchas veces personalmente simpáticos, bien trajeados, de finísimo aspecto, y llenos de amabilidad y aun de ternura en el tratamiento social, tremendos é impasibles verdugos que con la sonrisa en los labios hacen ó dejan ejecutar los mayores horrores, sea en el campo de la guerra civil, sea en el de la represión gubernamental, sea en la administración de justicia, sea, como ya en el anterior capítulo hemos dicho, en los mismos lugares de detención y establecimientos penitenciarios.

No ha de caber, pues, duda al lector, de que la monarquía española entre todos los otros países civilizados, y los señores de aquel reino entre todos sus conciudadanos, se distinguen y sobresalen por el escasísimo respeto que les inspiran la vida humana, la libertad y aun la integridad de las personas, la garantía de la justicia y el derecho, etc., etc., etc.

Y una vez esto entendido, se hará fácilmente explicable la existencia del «componte», que así es como fué llamado en las Antillas el sistema de obtener á palos ó por cualquiera otro procedimiento de fuerza, las declaraciones y testimonios de procesados ó detenidos, sobre todo cuando se trataba de los delitos allí más aborrecidos y perseguidos por los señores del reino y sus amigos, esto es, los cometidos ó intentados contra lo que ellos llamaban la integridad de la patria, pero que casi siempre no era más que la integridad del poder, la influencia y el negocio que los indicados amigos monopolizaban con la mayor frescura. En la Península los delitos así perseguidos suelen ser los anarquistas.

Justo es reconocer, no obstante,

que en los últimos tres ó cuatro años no parece que se haya recurrido á tan reprobables procedimientos en ningún caso de importancia, pero tampoco hay seguridad de que no se recurra á ellos el día menos pensado. De todas maneras, así no sea más que por interés histórico y también como elemento de juicio psicológico, vamos á exponer concretamente aquí un caso de «componte», el mismo á que ya hemos aludido en el capítulo anterior.

En efecto. Aunque en el mencionado capítulo hemos dicho que habían puesto negro á Negrón los encargados de custodiarlo, para ajustarnos á la rigurosa exactitud que en toda la presente historia venimos observando, habremos de advertir que en realidad, además de negro, también lo pusieron amarillo. Y á fin de dejar imparcial y suficientemente informado al lector, lo mejor será transmitir aquí íntegra la declaración prestada por el médico que reconoció á dicho procesado, debiéndose advertir que este médico era militar, pues el atestado en que obra su declaración fué levantado de orden del jefe de la fuerza que conducía de un punto á otro al preso, con otros varios, y al que halló evidentemente maltratado, sin que á él, el jefe de la fuerza, le hubiera dicho nadie nada del triste estado en que se lo entregaban.

La indicada declaración dice así:

«Preguntado si reconoció á uno de los individuos presos que conduce... y caso afirmativo diga qué lesiones ó padecimientos ha observado y qué causas cree puedan haber ocasionado el padecimiento de que se trata, dijo: que efectivamente reconoció por orden del... á un individuo llamado... en el cual observó lo siguiente: facies contraída; en el brazo derecho y en su región externa anchas manchas equimóticas, de coloración en el centro, negruzcas y amarillentas en sus bordes; en la cara dorsal de la mano derecha, rozaduras de forma circular cubiertas de costras; iguales lesiones, aunque en menor grado, se observan en el brazo y mano izquierda; además presenta cerca de la flexura de ambos brazos una rozadura que sigue una dirección transversal. Al nivel del hombro derecho manchas amarillentas difusas; en la región lumbar tiene aplicado un parche y otros dos en la parte anterior del pecho. La respiración es difícil á causa del